OSCAR TERÁN

PARA LEER EL FACUNDO

CIVILIZACIÓN Y BARBARIE: CULTURA DE FRICCIÓN

CLAVES PARA TODOS
COLECCIÓN DIRIGIDA POR JOSÉ NUN



CAPITAL INTELECTUAL

Director	José Nun
Editor general	Jorge Sigal
Edición	Luis Gruss
Coordinación	Cecilia Rodriguez
Corrección	Mariana Santángelo
Diagramación	Verónica Feinmann
Ilustración	Miguel Rep
Producción	Néstor Mazzei

Francisco Acuña de Figueroa 459 (1180) Buenos Aires, Argentina
Teléfono: (+54 11) 4866-1881
1ª edición: 4.000 ejemplares

Impreso en Talleres Gráficos Nuevo Offset, Viel 1444, Cap. Fed., en septiembre de 2007. Distribuye en Cap. Fed. y GBA: Vaccaro, Sánchez y Cía. S.A. Distribuye en interior y exterior: D.I.S.A. Queda hecho el depósito que prevé la ley 11.723. Impreso en Argentina.

Pedidos en Argentina: pedidos@capin.com.ar
Pedidos desde el exterior: exterior@capin.com.ar



306 CDD
Terán, Oscar
Para leer el Facundo: civilización y barbarie: cultura de fricción
1a ed., Buenos Aires, Capital Intelectual, 2007
104 p., 20x14 cm. (Claves para todos, dirigida por José Nun, Nº 75)
ISBN 978-987-614-037-9
1. Sociología de la Cultura. I. Título

ÍNDICE



A mis compañeros del Grupo Prismas

PRESENTACIÓN

El *Facundo* es un texto fundacional de la cultura argentina. Las páginas que siguen pretenden contribuir no a la sustitución de su lectura directa, sino a ofrecer algunas claves de comprensión del mismo. Claves de comprensión que estimulen por fin el acceso directo a esta obra insustituible de la tradición letrada nacional.

Las razones que justifican estas aseveraciones son variadas. La primera es que esta obra de Sarmiento es un clásico, en el sentido de que construyó una serie de temas que ingresaron de manera contundente en el imaginario nacional hasta el presente. A tal punto que incluso muchos de quienes lo rechazaron con violencia no tuvieron más remedio que invertir sus valoraciones (esto es, poner la *barbarie* por sobre la *civilización*), con lo cual, sin advertirlo, no hicieron más que aceptar los términos mismos de la problemática planteada por el sanjuanino.

Luego, porque el libro posee otro rasgo de lo clásico: el de contener algo así como un exceso de significados, lo cual hace posible que se lo pueda leer de manera renovada en diversas circuns-

tancias históricas y por distintos lectores. Y por fin, puesto que, junto con *Una excursión a los indios ranqueles* de Lucio V. Mansilla y el *Martín Fierro* de José Hernández, el *Facundo* conforma el trípode fundacional sobre el que reposa lo mejor de nuestra tradición literaria y ensayística.

Por todo ello resulta insustituible la experiencia de su lectura. Aunque –y éste es mi objetivo– con los instrumentos que nos ofrece la historia intelectual podemos contribuir a que dicha lectura resulte más productiva. Lectura por cierto alimentada por las interpretaciones que a lo largo de los años han enriquecido nuestra visión del texto sarmientino, y cuyas referencias bibliográficas usted encontrará al final de este escrito.

MARCO IDEOLÓGICO Y POLÍTICO

Comencemos entonces por describir sintéticamente su marco ideológico y estético, en un doble recorrido. Primero, el de los sucesos político-culturales de lo que desde 1810 ha comenzado a ser la República Argentina. Y luego, el de la precisa circunstancia de aquel año de 1845 en que Sarmiento lo escribe desde su exilio chileno.

Para entonces, en el Río de la Plata, a las guerras de independencia les han sucedido las guerras civiles entre unitarios y federales, y Juan Manuel de Rosas se ha erigido en el hombre fuerte de la política nacional. En el plano cultural, como relevo de la generación rivadaviana o unitaria, se ha conformado la llamada Generación del '37, considerada el primer movimiento intelectual en busca de una identidad nacional. Sus integrantes más reconocidos son Esteban Echeverría, Juan Bautista Alberdi, Juan María Gutiérrez, Vicente Fidel López, José Mármol y Félix Frías. Domingo Faustino Sarmiento será un componente alejado espacialmente del grupo, dado que sólo conocerá la ciudad de Buenos Aires en 1852, en el momento del derrocamiento de Rosas.

De todos modos compartirá con aquélla tanto su colocación estético-ideológica cuanto su oposición al régimen rosista. En el primer aspecto todos ellos resultaron deudores de Echeverría, quien retornó de Francia en 1830 con las novedades del romanticismo, movimiento que llevaba cincuenta años de existencia en Europa, donde su predominio abarcará aproximadamente el período que va de 1770 a 1850. Nacido con Rousseau y Goethe, entre otros nombres que alimentaron este formidable movimiento, podemos citar a Hölderlin y Novalis en Alemania, y a Walter Scott y Lord Byron en Inglaterra. A su vez, Madame de Staël y Chateaubriand dirigen hacia esa escuela la atención de los franceses, y de allí en más encontraremos en sus filas a Víctor Hugo, Lamartine, Alejandro Dumas, Gautier. En España el romanticismo tendrá mucho menor intensidad y densidad, y entre los personajes que lo cultivaron pueden citarse a Espronceda y Larra.

Dicho lo cual, y como la presencia del romanticismo es insoslayable en la escritura del *Facundo*, necesitamos conocer algunos de sus rasgos fundamentales. Didácticamente diré que este movimiento puede comprenderse por contraste con la Ilustración, esa otra corriente de ideas (también llamada Iluminismo) dominante en la Europa del siglo XVIII. Allí donde la filosofía ilustrada colocaba como núcleo de conocimiento de la realidad a la Razón según el modelo de la ciencia físico-matemática, el romanticismo privilegiará la exploración de los aspectos *irracionales* de la conducta humana tales como la imaginación, los sentimientos y las pasiones. Es Jean-Jacques Rousseau quien, ilustrando esta tendencia antiintelectualista, estampa en el *Emilio* (1762) una célebre frase: *"El hombre que medita es un animal depravado"*.

El romanticismo proclama asimismo su predilección por lo excepcional frente a la norma, dentro de lo cual (cruzado con la exaltación del Yo) cobrará relevancia el gran hombre, el genio o el héroe; en suma, lo individual y original sobre las convenciones colectivas.

Se comprende entonces que su mirada histórica haya estado dotada de un interés especial por aquellos períodos en donde se encontraren esas mismas cualidades. Despertará así una revalorización de la Edad Media, que la Ilustración había considerado una época oscura habitada por la ignorancia y los prejuicios. Pintará asimismo con colores atractivos los espacios exóticos, apelando al reservorio de mitos que Oriente siempre ha ofrecido a los occidentales.

Junto con ello el romanticismo se fascinará ante la naturaleza concebida y representada en sus aspectos más *sublimes*, entendiendo por esto la contemplación de mares agitados, de cielos tormentosos, de inmensas llanuras, de escenarios monumentales; en suma, de todo aquello que por su magnitud o potencia desmesurada sobrecoge a hombres y mujeres de admiración y al mismo tiempo de temor. Veremos que en el *Facundo* será la pampa argentina la construida por Sarmiento según este canon de lo sublime romántico.

Al trasladar estas nociones al plano socio-cultural, el romanticismo valorará lo auténtico, lo propio, lo original y distintivo de cada cultura y de cada nación, en contraposición al cosmopolitismo ilustrado. Apreciará asimismo a los *simples*, aquellos que están más cerca de la naturaleza, de la tierra, como los campesinos, cuya ignorancia en cuestiones intelectuales se vería sobrepasada por su saber instintivo, natural, espontáneo, incontaminado de los falsos refinamientos de la civilización. Desplegará por ende una búsqueda de los datos primigenios de cada cultura y abrirá sus puertas a los cantos populares, a las poesías campesinas; en una palabra, inventará el *folklore*.

Asimismo buscará dotar a cada nacionalidad de un pasado épico, prestigioso, que se hunda –como se dirá– en las brumas del pasado. Esto último se complementa con su visión de la historia. Porque el historicismo romántico, frente a la historia vista como

un proceso de civilizaciones que avanzan de manera homogénea y unilineal, introduce la noción de que cada nación es una totalidad en sí misma, que posee una finalidad en sí y que por ende cada nación, cada pueblo, vale tanto como cualquier otro. Pondrá por eso el acento en los usos y costumbres de cada país, ante los cuales deben rendirse las importaciones de otras zonas culturales, propugnando en consonancia que las leyes jurídicas deben adecuarse a esas particularidades. Precisamente ésta será la crítica a los unitarios, a los rivadavianos, a quienes se les reprochará haber sido pura razón y no haber atendido a la específica realidad americana. Esta crítica será protagonizada por la generación del '37.

LA GENERACIÓN DEL '37

Herederos del proyecto educativo rivadaviano, la mayoría de sus integrantes había estudiado en un establecimiento estatal y laico: el Colegio de Ciencias Morales de Buenos Aires. Posteriormente se nuclean en el Salón Literario, con asiento en la librería de Marcos Sastre, y se proponen como un *círculo de pensamiento*: un ámbito de lecturas, discusiones y sociabilidad donde se elaboran interpretaciones y proyectos sobre la nación argentina con la expectativa de ser escuchados por los hombres del poder. Porque hasta entonces –reconoce Sarmiento en el *Facundo*– muchos de ellos *"creyeron que Rosas, su gobierno, su sistema original, su reacción contra la Europa, eran una manifestación nacional americana, una civilización en fin con sus caracteres y formas peculiares"*. Luego vendrán el desencanto, la ruptura y la oposición al régimen rosista.

Se trata asimismo de un grupo que dialoga principalmente con la tradición intelectual y literaria francesa. Incluso casi todas las referencias a otras literaturas están mediadas por las traduc-

ciones francesas: Echeverría lee a Byron en francés, Sarmiento cita a Shakespeare en francés. Los valores, los faros culturales, los recursos estilísticos, los principios literarios que definen en la mente de estos escritores su recepción del romanticismo, también provienen en su mayoría de la zona cultural francesa, como lo revela la autobiografía de Vicente Fidel López, donde leemos lo siguiente: *"Cousin, Chateaubriand, Dumas, Saint-Simon, Guizot, Leroux, Jouffroy, Scott, Madame de Staël, Byron, Lamennais, Hugo. Todas estas obras andaban en nuestras manos produciendo una novelería fantástica de ideas y de prédicas sobre escuelas y autores. Aprendíamos a pensar a la moderna"*.

Y el propio Sarmiento en el *Facundo* va a dar cuenta de esta Generación, que no era –dice– ni unitaria ni federal. Y agrega: *"esta juventud se esconde con sus libros europeos a estudiar en secreto con su Sismondi, su Lerminier, su Tocqueville, sus Revistas, Británica, de Ambos Mundos, Enciclopédica, su Jouffroy, su Cousin, su Guizot..."*.

En su caso, el acceso a esa bibliografía lo tuvo en San Juan, en la biblioteca de Manuel Quiroga Rosas, uno de los miembros de la Asociación de la Joven Generación Argentina, fundada por Echeverría en Buenos Aires en 1839.

Mas como suele suceder en todo proceso de importación de ideas y corrientes estéticas e ideológicas, la zona de recepción opera sobre lo que se recibe con un carácter selectivo, como un filtro que adopta algunos temas y desecha otros. Y es que la cultura rioplatense, en este caso, ya tiene una mirada formateada por experiencias y tradiciones propias. De allí que la selección de tópicos, de géneros, de problemáticas que realizarán dentro del universo romántico esté condicionada en buena medida por una cultura política ya penetrada por referencias constantes al proceso revolucionario abierto en 1810. Por ejemplo, la exacerbación del yo y de todo aquello que definía las experiencias existenciales

e individuales –tan poderosa en el romanticismo europeo–, en el Río de la Plata será obturada por la presencia de los valores republicanos que privilegian lo público por encima de lo privado.

Por cierto que la lectura de los primeros escritos de Echeverría (*Elvira o la novia del Plata*, de 1832, y *La cautiva*, de 1837) despliega algunos de aquellos tópicos del sentimentalismo romántico. Pero no debe ser casual que su cuento *El matadero*, con el que se inaugura realmente la literatura nacional (aun cuando sólo será publicado en 1870), tome como motivo central el cruel ensañamiento de la *barbarie rosista* con un joven unitario. Dicho de otro modo: esta pieza literaria está habitada por la problemática *política* del momento. Esta atracción o pregnancia de la política define así una perdurable marca de origen en la configuración de los intelectuales y escritores argentinos. De hecho, en una serie de textos programáticos escritos entre 1837 y 1839, los miembros de la Generación del '37 definirán lo que consideran su misión, consistente en completar en el plano intelectual *la revolución* que en el plano material había sido realizada por la generación anterior.

En su práctica concreta algunos de ellos alentaron expectativas positivas hacia el régimen de Juan Manuel de Rosas, proponiéndose incluso como *consejeros del príncipe*. Cuando estos propósitos se revelaron como meras ilusiones y el régimen incrementó sus rasgos represivos, los miembros de esta generación ingresaron en una activa política de oposición del mismo que los lanzará al exilio (Bolivia, Brasil y especialmente Chile y Montevideo), de donde regresarán luego del derrocamiento del Restaurador de las Leyes.

En el fragor de esa oposición anduvieron a la búsqueda permanente de líderes militares dispuestos a cortar con el filo de la espada lo que la inteligencia habíase revelado incapaz de cortar. Oficiaron así de promotores de emprendimientos armados encabezados por generales probados en las guerras de indepen-

dencia como Soler, Alvear o Lavalle, aun cuando algunos de ellos resultaron, según Echeverría, "espadas sin cabeza". Porque, agregará Sarmiento en el *Facundo*, a esos generales "faltáronles los jóvenes de la Escuela Politécnica". Se refería con ello a la *École Polytechnique* francesa, esto es, a una institución educativa formadora de científicos e ingenieros, creada para fomentar un elitismo meritocrático, y que se destacó por su participación política en las revoluciones de 1830 y de 1848.

Éste es el rol que Sarmiento imaginaba para los jóvenes de la Joven Generación, es decir, de su propio grupo y de aquellos que también promovieron la alianza con potencias extranjeras para lograr el derrocamiento de Rosas. Es lo que reconoce no sin orgullo casi al final del *Facundo*: *"Debo aclarar* –escribió– *que los verdaderos unitarios no son responsables de aquella alianza; los que cometieron aquel delito de leso-americanismo; los que se echaron en los brazos de la Francia para salvar la civilización europea, sus instituciones, sus hábitos e ideas en las orillas del Plata fueron jóvenes; en una palabra ¡fuimos nosotros! [...] Esta juventud impregnada de las ideas civilizadoras de la literatura europea iba a buscar en los europeos enemigos de Rosas sus antecesores, sus padres, sus modelos".*

Hasta aquí, la inspiración romántica del *Facundo* heredada de la Generación del '37. Si ahora arrojamos una mirada veloz al estado de situación político de la Argentina en ese momento, veremos que luego de la crisis del año '20 y del colapso de la presidencia de Rivadavia, la guerra civil ha acentuado la dispersión de las provincias y alejado la construcción de un Estado nacional. Desde Buenos Aires se han impuesto la hegemonía y la *pax rosista*, mientras unitarios y opositores han marchado al exilio.

Años después, al sistematizar cuál era a su entender la problemática que en esos años enfrentaba a los bandos políticos en el Río de la Plata, dirá en sus *Memorias* el general Paz: *"No sería inoficioso advertir que esa gran fracción de la república que formaba el Partido Federal no combatía solamente por la mera forma de gobierno. Pues otros intereses y otros sentimientos se refundían en uno solo para hacerlo triunfar. Primero: era la lucha de la parte más ilustrada contra la porción más ignorante. Segundo: la gente del campo se oponía a la de las ciudades. Tercero: la plebe se quería sobreponer a la gente principal. Cuarto: las provincias, celosas de la preponderancia de la capital, querían nivelarla. Quinto: las tendencias democráticas se oponían a las miras aristocráticas y aun monárquicas. Todas estas pasiones, todos estos elementos de disolución y anarquía, se agitaban con una terrible violencia, y preparaban el incendio que no tardó en llegar".*

CONTEXTO DE PRODUCCIÓN

Dentro de este marco general, Domingo Faustino Sarmiento fue uno de los más férreos opositores al régimen y a los caudillos provincianos. Como consecuencia de dicha oposición debió marchar al exilio chileno, donde lo encontramos en 1845, a la edad de 34 años. Entonces es cuando, para defenderse de los ataques de un enviado de Rosas, publica por entregas en el diario *El Progreso*, de Santiago de Chile, los sucesivos apartados que compondrán el libro que tituló *Facundo o civilización y barbarie*. Concretamente, fueron veinticinco entregas que aparecieron entre el 2 de mayo y el 21 de junio de 1845.

De manera que cuando leemos el libro lo hacemos de manera diferente a como lo hicieron sus primeros lectores. Y esto no solamente porque lo leyeron con el correr de los días, sino porque además fue publicado como folletín, género inventado en Francia a principios de ese siglo XIX. Y el folletín, al incluirse en los periódicos, contiene el requisito de alcanzar a un público ampliado, y como tal implica asimismo una serie de normas destinadas a mantener

la atención y la espera por parte del lector de la próxima entrega. Más adelante veremos un ejemplo del modo en que Sarmiento concluye una de ellas construyendo una escena con suspenso, que es precisamente uno de los artificios destinados a mantener la atención del público.

Pero más importante que ese detalle es que esa forma de presentación nos revela la causa inmediata que motorizó la escritura del *Facundo*. Y este dato es relevante para definir el objetivo o *la finalidad* que se propone el autor de un texto, y, al mismo tiempo, para ubicar los valores a los que dicho autor rinde tributo.

Dicho rápidamente, aquí se trata de responder a la pregunta *¿qué busca el autor?*, y obviamente las respuestas pueden ser variadas. En efecto, puede buscar verdad, prestigio, dinero, fama, poder y otras cosas, o una mezcla de varias de ellas. Sea como fuere, lo que importa comprender es que cada uno de esos fines implica lógicas y estilos diversos de escritura. (En los extremos, no es lo mismo escribir un poema, un sermón moralizante o una demostración científica, porque uno rinde tributo a la belleza, el otro a la bondad y el tercero a la verdad.)

En el caso del *Facundo* se trata, como ya suponemos, de una intervención de carácter político. El propio autor confiesa que el escrito está destinado a "santificar nuestra causa", expresión que alcanza los niveles del panegírico, y hasta con una cierta entonación religiosa. Sarmiento escribe *desde* la política y el valor al que apunta la política es el poder. La obtención del poder a su vez requiere consenso, es decir, convencer a la mayor cantidad de gente posible. Para todo ello el autor debe construir una versión verosímil de aquello que relata.

Que este rasgo político es el carácter dominante del propósito de Sarmiento es algo que se verificará en las sucesivas reediciones del *Facundo*. Luego de su presentación en forma de folletín, fue publicado en ese mismo año de 1845 como libro, y de allí en

más conocerá diversas ediciones: la segunda en 1851, la tercera en 1868, etcétera. Pero no siempre fue publicado con el mismo contenido, porque hay dos capítulos (el XIV, *Gobierno unitario*, y el XV, titulado *Presente y porvenir*) que Sarmiento quitó y repuso según la coyuntura política. El motivo es que en ellos se propugna la distribución de las rentas del puerto de Buenos Aires entre todas las provincias, afectando con ello los intereses porteños. Y lo hace en estos términos: *"La República Argentina está geográficamente constituida de tal manera que ha de ser unitaria siempre [...] Su llanura continua, sus ríos confluentes a un puerto único la hacen fatalmente 'una e indivisible'. Rivadavia, más conocedor de las necesidades del país, aconsejaba a los pueblos que se uniesen bajo una Constitución común, haciendo nacional el puerto de Buenos Aires".*

De manera que en momentos en que Sarmiento requería el apoyo político de este sector, no le resultaba oportuno seguir insistiendo con ello, y a la inversa si pretendía la adhesión de las provincias. Lo que aquí nos interesa no es interpretar esta decisión como un obvio gesto de oportunismo, sino más bien como una marca elocuente de que este escrito contiene una finalidad primariamente política. En efecto, ningún científico estaría dispuesto a rebajar sus pretensiones de verdad en aras de otra finalidad. O sea que si el *Facundo* fuera un escrito de investigación en busca de la verdad de la situación nacional, su autor no aceptaría semejante mutilación, ya que el valor que lo guiaría sería, justamente, la verdad. En cambio, un texto de intervención política responde a otra lógica pues rinde tributo a la búsqueda del poder.

El *Facundo*, entonces, es un libro en el que la voluntad del autor le otorga un predominante sentido político. Y sin embargo, con los textos ocurre que suelen independizarse de las intenciones de su autor, puesto que éste o bien no es el dueño soberano de su escritura, o bien está tironeado por diferentes objetivos que

responden a diversas lógicas. De ahí que si el *Facundo* ha pasado a la historia cultural argentina no ha sido por aquel propósito político. Ha sido porque esta defensa asumirá la forma de un estudio histórico-social fundacional del ensayo de interpretación nacional. Y ha sido porque resultó sumamente eficaz en la implantación de una serie de tópicos para pensar la realidad argentina desde su aparición hasta el presente.

EL GÉNERO DEL *FACUNDO*

Una de las discusiones que han acompañado la lectura del *Facundo* consistió en definir el *género* al que pertenece. Y al definírselo como *ensayo* se lo hace considerando que este género se caracteriza precisamente por ser una suerte de *cuarto en el recoveco*, como ha dicho Jaime Rest al figurarlo como esa pieza que en las casas se usa para poner todo lo que no se sabe dónde poner. O también –ahora según el mexicano Alfonso Reyes– como *centauro de los géneros*, es decir, una mezcla de diversos géneros. Y efectivamente, en el texto sarmientino hallamos, junto con su propósito de argumentación política, una narración novelada con formato de biografía histórica, pero además un estudio histórico y social de la Argentina, así como consideraciones acerca del medio geográfico y cultural. Y todo ello con una *forma* literaria que ha sido considerada la más relevante dentro del entero universo de la lengua castellana del siglo XIX.

Éste es el carácter que asume finalmente la obra consumada; pero si volvemos un paso atrás hacia la ocasión en que fue escrito

(lo que se llama el *contexto de producción del texto*), recordamos que el impulso que lo dinamiza forma parte de una lucha *política*. Y también dijimos que en esta polémica el objetivo es tratar de convencer a los lectores de que aquello que se dice es verdadero o, mejor dicho, verosímil. Por eso ante un texto es importante atender a las distintas estrategias argumentativas destinadas a generar credibilidad.

Todo ello configura un cúmulo de tipos de argumentación que pueblan el texto. De manera que si se lo lee con esta perspectiva, se podrá ver que el *Facundo* apela a argumentaciones de tipo *científico* para los parámetros de la época (como la teoría del medio para explicar el tipo del gaucho), *analógico* o comparativo (lo que sucede en Asia o en la llanura norteamericana ocurre asimismo en la llanura pampeana). También *simbólico*, teniendo en cuenta que el símbolo representa otro concepto por semejanza. Por ejemplo, en su libro Sarmiento decide que el color rojo simboliza la barbarie, a diferencia del celeste y blanco de la bandera que representa "el cielo transparente de un día sereno", mientras el sol del escudo es símbolo del saber y la civilización. Pasa revista entonces a las banderas del mundo, y verifica que aquellas en las que predomina el colorado son naciones bárbaras. Igualmente Artigas agrega al pabellón argentino "una faja diagonal colorada"; "los ejércitos de Rosas visten de colorado" y "su retrato se estampa en una cinta colorada". El rojo, en suma, es "el símbolo que expresa violencia, sangre y barbarie"...

Aparecen igualmente argumentaciones de corte *religioso*, extraídas quizás del deísmo de la Ilustración (cuando confía en la realización de ciertos fines por obra de la providencia), pero también del fondo primigenio de la formación de Sarmiento, cimentada en la cultura bíblica cristiana (más que católica).

Y por fin, existe una argumentación *literaria*, esto es, centrada en el dominio de la escritura y en la producción de la palabra cau-

tivante. Así, en *Facundo* hallamos pasajes en los que se acude a una "argumentación por la estética", donde la palabra bella está destinada a capturar por vía de la sensibilidad el consenso de los lectores. Célebre es en este sentido su descripción de una tormenta en la pampa: *"una nube torva y negra se levanta sin saber de dónde, se extiende sobre el cielo mientras se cruzan dos palabras, y de repente el estampido del trueno anuncia la tormenta que deja frío al viajero y reteniendo el aliento por temor de atraerse un rayo de dos mil que caen en torno suyo. La oscuridad se sucede después a la luz: la muerte está por todas partes; un poder terrible, incontrastable, le ha hecho en un momento reconcentrarse en sí mismo y sentir su nada en medio de aquella naturaleza irritada; sentir a Dios, por decirlo de una vez, en la aterrante magnificencia de sus obras".*

EL OBJETIVO

Podemos ingresar en el contenido esencial del texto mostrando que el objetivo que se plantea el *Facundo* reside en develar el *enigma argentino*. ¿Cuál es este enigma? Éste se encuentra desplegado en un pasaje en que se describen actos de barbarie, cuando Sarmiento relata un episodio en el que Rosas hizo matar de modo salvaje a veinticinco oficiales en San Nicolás de los Arroyos, "fuera de ciento y más que habían perecido oscuramente". Y entonces exclama: *"¡Chacabuco, Maipú, Junín, Ayacucho, Ituzaingó! ¡Por qué han sido tus laureles una maldición para todos lo que los llevaron!".*

He aquí planteado el enigma: ¿por qué los héroes de la independencia, protagonistas de esas batallas gloriosas, han sido inmolados en las guerras civiles a manos de caudillos bárbaros? Dicho de un modo históricamente más preciso, ¿por qué la Revolución de Mayo, una revolución libertaria e independentista, desembocó en el despotismo de Juan Manuel de Rosas? El enigma está encarnado pues en la persona misma del Restaurador. Y así se lo con-

fiesa en una respuesta a Valentín Alsina: el *Facundo* –le dice– trata de dar cuenta de la tiranía rosista.

Dar cuenta de una situación o un acontecimiento es lo que en el surgimiento de la ciencia moderna, con Galileo en el siglo XVII, se llamaba "salvar los fenómenos". El mecanismo es el siguiente: se perciben ciertos hechos (por ejemplo, los planetas se encuentran con cierta regularidad en ciertas posiciones en el espacio), pero no se sabe el porqué. Sarmiento y la oposición antirrosista se encuentran en la misma situación. *"Los hechos están ahí consignados* –leemos en el *Facundo*–, *clasificados, probados, documentados; fáltales, empero, el hilo que ha de ligarlos en un solo hecho"*. Esto es, les falta el sentido, la explicación, el porqué profundo, el significado mismo de esa historia. Sarmiento se ofrece entonces como aquel que es capaz de develar el enigma, de tejer con ese hilo la trama de la historia que condujo de la revolución al despotismo. Y ése es el objetivo que persigue el *Facundo*.

PREGUNTAS AL TEXTO

Demos otro paso para seguir rodeando esta obra, como quien asedia un problema preparando el asalto final que nos permita apoderarnos de su secreto.

Existen al respecto una serie de preguntas aparentemente simples que se le pueden formular a todo texto. A veces ese texto responde; otras veces, no. Ahora las enumeraré y a lo largo de la exposición siguiente trataré de responderlas poco a poco.

Teniendo frente a nosotros el *Facundo* podemos pues comenzar preguntándole *quién escribe, quién habla*. Pero atención que en este nivel de análisis, donde el objeto de reflexión es *el texto* y no el contexto (términos que en última instancia no se pueden separar sino tendencialmente), esta pregunta no se responde diciendo: "Domingo Faustino Sarmiento, nacido en San Juan en 1811...". No. *¿Quién habla?* pregunta por cómo está construido el autor *dentro del propio texto*.

Es muy difícil que exista un texto en que el autor no se esté construyendo a sí mismo. Aun cuando diga que él no está a lo

largo de su escrito, aun cuando no diga nada de sí mismo, ésa ya es una imagen de su posición. El filósofo alemán Kant empieza su *Crítica de la razón pura* diciendo: "Acerca de nosotros mismos, callamos". Pero es difícil callar, y con esto lo que está diciendo es que quien habla es la pura razón, la pura verdad científica, que considera más creíble y estimable por ende que si dijera: "Habla Immanuel Kant, nacido en Königsberg, Prusia oriental, en 1724...".

Otra de las preguntas básicas para formularle a un texto es *qué dice*, o sea, detectar su significado, su ilación sistemática, sus eventuales contradicciones, sus puntos de fuga. Aquí es preciso remarcar que no nos preguntamos por sus valores de verdad o falsedad, no nos preguntamos si la pampa que allí se describe era o es efectivamente así, sino cómo está construido ese escenario mediante ese artefacto que es un texto.

Una tercera pregunta pertinente es *cómo* un discurso dice lo que dice. El cómo se dice algo es importante porque la manera en que se dicen las cosas, su *forma*, también configura *lo que* dice. Se ha ejemplificado, así, que hasta la frase "te amo" puede decirse de tal modo que signifique "te odio", y a la inversa. Al considerar cómo Sarmiento dice lo que dice nos veremos remitidos a su estilo, a su retórica, a su estética.

Una cuarta y última pregunta: *¿para quién dice lo que dice? ¿Para quién escribe?* O sea, cuál es su público, tanto el real (el que efectivamente lo va a leer) como el virtual (el que al escribir se tiene *in mente*). Acerca de este último tenemos marcas, señales en el texto, tales como el léxico utilizado, los saberes que se suponen compartidos, los sobreentendidos que sólo pueden ser decodificados por un cierto público. En cuanto al público real, contamos con reseñas de la época –algunas de las cuales mencionaremos al final– que nos dan una cierta idea del modo en que fue leído, de la recepción del *Facundo* en su momento.

Estas cuatro preguntas (*quién dice, para quién, qué dice, cómo lo dice*) vienen rodeadas de una precaución: para interpretar estos documentos del pasado es preciso no cometer anacronismos, o sea, es preciso no imponerles ni los saberes ni los conceptos de nuestra época, no imponerles un diccionario del cual Sarmiento, en este caso, no disponía. Y sobre todo, es necesario determinar el significado de esos conceptos en el contexto de su época.

Por ejemplo, hay que saber que cuando en el siglo XIX se dice *democracia* no se está hablando de modo preponderante de un tipo de gobierno y de representatividad que en nuestro presente remite al principio del sufragio universal, sino de una pretensión o una realización de igualdad social. Y tenemos claros indicios en el *Facundo* de que ése es el significado pertinente. Porque tal es justamente el fenómeno que Alexis de Tocqueville ha estudiado y difundido en su celebérrimo libro *La democracia en América* (1835-1840), ampliamente conocido por el grupo al que Sarmiento pertenecía. Como ha dicho el historiador contemporáneo François Furet, "lo que Tocqueville llama la 'democracia' es una cultura igualitaria mucho más que un estado de sociedad". Más aún: Sarmiento en su libro dice que *"a la América del Sud en general, y a la República Argentina, sobre todo, le ha hecho falta un Tocqueville, que premunido del conocimiento de las teorías sociales [...] viniera a penetrar en el interior de nuestra vida política"*. Y podemos comprobar que también para Sarmiento la democracia es un afán igualitarista cuando sostiene que en el análisis que propone es preciso darle su lugar a la democracia consagrada por la revolución de 1810, democracia que remite *a la igualdad*; se trata de una igualdad en suma *"cuyo dogma ha penetrado hasta las capas inferiores de la sociedad"*. Puede presumirse por fin con fundamentos que Sarmiento se postula como el Tocqueville sudamericano.

A partir de todo lo anterior contamos ya con algunos instrumentos y nociones propicios para leer el *Facundo* de una manera realmente productiva. Por cierto no todo está en el texto y sabemos que el contexto material es esencial para comprenderlo cabalmente. Es aquí donde la historia intelectual apela al auxilio de la historiografía del período y a la sociología de los intelectuales. La bibliografía del final indica algunas de esas posibles ayudas.

TÍTULO Y SUBTÍTULO

Podemos ahora sí por fin abocarnos al libro comenzando por donde se debe comenzar, esto es, por el título y el subtítulo: *Facundo o civilización y barbarie. Vida de Juan Facundo Quiroga. Aspecto físico, costumbres y hábitos de la República Argentina.*

En principio observemos que en el subtítulo lo que relaciona los dos términos ("civilización", "barbarie") no es una disyunción sino la conjunción "y". Es que si bien a lo largo del libro podrá observarse que civilización y barbarie conforman muchas veces dos estructuras fuertemente diferenciadas y aun polarizadas dicotómica y excluyentemente, en otros pasajes –como cuando se habla nada menos que de Rosas– lo civilizado y lo bárbaro aparecen entrelazados, mezclados, hibridados. Esta última compleja relación entre ambas esferas permite pensar que aquello que caracteriza a la Argentina vista por Sarmiento es precisamente el encuentro, la interpenetración, *la fricción* entre ellas, y no la existencia autónoma de la una sin la otra.

En última instancia, estas dos construcciones coexisten en el texto, aunque es evidente que el proyecto político-cultural sar-

mientino apuesta por un proceso evolutivo cuyo fin es el establecimiento de un orden civilizado. También es cierto que en su descripción atenida al presente en que escribe, la República Argentina no sólo configura una especie que mezcla ambos componentes, sino que este carácter define una realidad híbrida capaz de fascinar la mirada romántica del sanjuanino. Y aun más importante: ese modo de imaginar una cultura de fricción entre civilización y barbarie (que luego sería entre modernidad y atraso, entre desarrollo y subdesarrollo, o entre primer y tercer mundo) constituirá un tópico de larga duración en las figuraciones de la realidad argentina hasta nuestros días.

Si ahora levantamos la mirada del subtítulo al título, nos encontramos con el nombre *Facundo*; ese nombre refiere al caudillo riojano Quiroga, cuya presencia en las guerras civiles argentinas del siglo XIX sabemos que atravesó las primeras décadas posteriores a la Revolución de Mayo. Aunque en rigor no se trata en el texto sarmientino de ese individuo concreto sino de una *personificación*, es decir, de utilizar una vida real, empírica, para abstraer de ella sus rasgos esenciales con la finalidad de construir un *tipo*. Un tipo abarca mucho más que un caso singular; abarca todo un género, constituye un modelo en el cual se condensan en este caso los atributos de la barbarie.

A su vez esta estrategia de conocimiento se inscribe en una pretensión de *cientificidad*, la cual no se conforma con relatos históricos o sociales que apelen a la casualidad o al azar. El *Facundo* no se resigna a creer que los acontecimientos políticos nacionales han sido el resultado del capricho de algunos caudillos. Por el contrario: ellos son el fruto necesario de causas profundas, estructurales y no coyunturales, necesarias y no aleatorias o contingentes.

Para el cumplimiento de esta pretensión Sarmiento apela a las filosofías de la historia, y dentro de éstas al modelo que le ofrece el *historicismo romántico*. De la mano de éste nos

vemos conducidos a la teoría de los "héroes" u "hombres representativos", por la cual se entiende que un "grande hombre" *expresa* una época. El filósofo alemán Hegel, que había compartido y colaborado con la construcción de esta visión, al día siguiente de la batalla de Jena verá desde su ventana desfilar al triunfador Napoleón, y escribirá ese 13 de octubre de 1806: "He visto al emperador, esa alma del mundo, atravesar a caballo las calles de la ciudad... Es un sentimiento prodigioso contemplar a un individuo que, concentrado sobre un punto, sentado sobre un caballo, abarca el mundo y lo domina".

Para comprender los fundamentos de esta concepción tenemos que remitirnos a lo que podemos llamar la epistemología del *expresivismo holístico*. ¿Qué quiere decir esto? Quiere decir que el romanticismo piensa que una época se manifiesta o expresa en determinados fenómenos singulares, de modo que si comprendemos estos fenómenos particulares comprenderemos el todo (la palabra griega *hólos* significa justamente todo, totalidad). Es lo que dice el libro con respecto al caudillo riojano Facundo Quiroga: *"Él explica suficientemente una de las tendencias, una de las dos fases diversas que luchan en el seno de aquella sociedad singular"*; ese caudillo es *"el espejo en que se reflejan en dimensiones colosales las creencias, las necesidades, preocupaciones y hábitos de una nación en una época dada de su historia"*.

Un ejemplo particular y preciso del modo en que se pone en práctica este análisis fundado en el *expresivismo* romántico lo encontramos allí donde el *Facundo* dice que *"toda civilización se expresa en trajes, y cada traje indica un sistema de ideas entero"*. De manera que *"cada civilización ha tenido su traje, y cada cambio en las ideas, cada revolución en las instituciones, un cambio en el vestir"*. Esta pretensión se cumple en un pasaje donde se describe el traje del gaucho: está formado –leemos– por *"el pantalón ancho y suelto, el chaleco colorado, la chaqueta corta,*

el poncho, como trajes nacionales, eminentemente americanos", es decir, símbolos de la barbarie.

Contrapuesto al poncho, y como símbolo de la civilización, lucirá el frac. Por eso, cuando el sultán de Turquía quiere introducir la civilización europea, *"depone el turbante, el caftán y las bombachas, para vestir frac, pantalón y corbata"*. En la última entrega del folletín (que, como veremos, no es la última parte del libro tal como lo conocemos), que lleva por título *Barranca Yaco*, Facundo es presentado por Sarmiento en su estadía en Buenos Aires. Y allí lo muestra como atravesado o contaminado por la civilización. En este sentido, cuenta que Facundo, junto con mandar a sus hijos a los mejores colegios, *"jamás les permite vestir sino frac o levita"*.

Este mismo operador del *expresivismo holista* es el que va a funcionar en la teoría del *grande hombre*. Pero observemos un dato esencial: que la elección del gran hombre o del hombre representativo en la figura de un caudillo bárbaro implica un problema. Porque grandes hombres en ese sentido han sido considerados en la literatura occidental Alejandro Magno, Colón o Napoleón, es decir, lo que podríamos llamar héroes positivos, modelos por seguir. O sea, algo que no podría (al menos Sarmiento no podría) sostenerse respecto de Facundo Quiroga. De allí que la elección de Facundo como gran hombre representativo va a introducir inevitables tensiones en el texto, y esto por dos motivos. Uno, por el hecho de que un escrito en pro de la civilización selecciona como gran hombre a un caudillo bárbaro. Y dos, porque se trata de un caudillo que precisamente por ser un bárbaro ejerce una indudable fascinación sobre el alma estética y romántica de Sarmiento; fascinación que choca y se contradice con el alma política y moderna del mismo Sarmiento. Fue en ese sentido que hace ya décadas Alberto Palcos calificó al *Facundo* como "la biografía que conquista al biógrafo". Y Halperin Donghi recuerda que a su autor se lo llamó *Plutarco de los bandidos.*

Es muy interesante en este aspecto que nos fijemos en otro general, el general La Madrid (a quien Sarmiento siempre llama Madrid), porque en él nuestro autor encuentra otra posible síntesis entre civilización y barbarie, una condensación que finalmente se frustra.

Gregorio Aráoz de La Madrid (o Lamadrid) es un jefe militar fogueado en las guerras de la independencia que luego ha formado filas dentro del grupo unitario. Vencedor de Quiroga en Oncativo y La Tablada en 1829, y derrotado en Rodeo del Medio en 1841, para Sarmiento es "uno de esos tipos naturales del suelo argentino". Dotado de una valentía fabulosa y novelesca, lo que más valora de él es la conjunción de dos atributos: ser poeta y pertenecer al arma de caballería. Es un Tirteo, dice Sarmiento, comparándolo así con el personaje espartano del siglo VII a.C., quien tenía esos dos mismos atributos: guerrero y poeta. Obsérvese que prosigue el juego *conjuntivo* y de fricción entre civilización y barbarie: la poesía es una cualidad civilizada; montar a caballo, una virtud gaucha y aun bárbara.

Esta habilidad gaucha de la equitación será siempre para Sarmiento una marca positiva, con lo cual quiero remarcar que en su universo de valores no desdeña la inclusión de algunos provenientes del orbe extra civilizado. Años más tarde, en su célebre polémica con Alberdi contenida en *Las ciento y una*, entre tantas injurias que Sarmiento elige de su inagotable diccionario de insultos ("doctorcito", "compositor de minuetes", "escuálido y entecado", "ratoncito roe papeles", "mujer por la voz, conejo por el miedo", y un largo etcétera), hay una que reafirma aquella valoración: *"entecado que no sabe montar a caballo"*. También al hablar de su enemigo Juan Manuel de Rosas le reconocerá empero en el *Facundo* esa valorable virtud gaucha: Rosas efectivamente es *"el primer jinete de la República Argentina, y cuando digo de la República Argentina, sospecho que de toda la tierra,*

porque ni un equitador ni un árabe tiene que habérselas con el potro salvaje de la Pampa".

He aquí, en suma, un dato que muchas veces no es considerado en la lectura del *Facundo*: leído sin prejuicios, detectamos que en diversos pasajes considera deseable que aparezca esta síntesis de gauchismo y civilización, síntesis que además de deseable, es posible. Porque Lamadrid resulta aparentemente "el espíritu gaucho" sólo que "civilizado y consagrado a la libertad". Y sin embargo, esa síntesis se frustra porque *"el valor predomina sobre las otras cualidades del general en proporción de ciento a uno".* Así, en la batalla del Tala, su descomunal coraje es un coraje sin cálculo, irracional, pasional y por tanto destinado a la derrota. Demasiada barbarie, diríamos, para tan poca civilización.

Otro postulante a la síntesis entre ambos mundos será el general José María Paz. ¿No será él quien equilibre en el libro desde el lado de la civilización el peso equivalente de Facundo del de la barbarie? Paz es en efecto *"el hijo legítimo de la ciudad, el representante más cumplido del poder de los pueblos civilizados".* Porque a diferencia de Lamadrid y Lavalle (en quienes por ser de caballería finalmente domina el instinto gaucho), el manco Paz (que por ello no puede siquiera manejar la lanza) "es militar a la europea", cree más en la táctica que en el valor (o sea, más en la razón que en la pasión), y al ser artillero es por tanto "matemático, científico, calculador". Así, *"espera de la ciencia lo que otros aguardan de la fuerza brutal".*

Estas dos personificaciones, Facundo y Paz, una de la Barbarie y otra de la Civilización, se enfrentaron en una lucha ciclópea en las batallas de Oncativo y La Tablada. En ambas se impone Paz gracias a sus *"tropas disciplinadas y dirigidas por las máximas estratégicas que el arte europeo ha enseñado a los militares de las* (subraya Sarmiento) *ciudades".* De paso recuerda que las derrotas de Lavalle se deben a que no le ha bastado ser el más valiente

oficial de caballería argentino, porque abjuró de toda su educación militar a la europea para adoptar "el sistema montonero" de guerrear. En cambio, *"si Lavalle hubiera hecho la campaña de 1840 en silla inglesa y con el paletó francés, hoy estaríamos a orillas del Plata arreglando la navegación por vapor de los ríos y distribuyendo terrenos a la inmigración europea".*

El general Paz, en cambio, es la demostración de que *"la inteligencia vence a la materia, el arte al número".* Y si esto será demostrado una vez más, y con creces, en La Tablada, la pregunta que queda pendiente es por qué terminó fracasando Paz, por qué fue finalmente derrotado por la barbarie.

Pero antes, siguiendo el orden del libro, tenemos una buena oportunidad para ver el modo en que Sarmiento, relatando el curso de otra batalla, la de Chacón, explica su resultado a partir de la dialéctica interpretativa del binomio civilización-barbarie, pero donde esos elementos polarizados operan no de modos lineales y mecánicos sino de manera compleja. Veamos cómo ello sucede cuando Facundo vuelve al campo de sus batallas, y se encuentra delante de su tropa con un camino que se divide en tres.

Estos cruces de caminos suelen ser significativos en nuestra tradición cultural más arcaica. Por ejemplo, es en un cruce de caminos donde en la tragedia de Sófocles se localiza el encuentro en el que Edipo asesina al rey Layo (sin saber que en realidad es su padre). Y bien, teniendo esta referencia en nuestra cabeza, vemos que Facundo se detiene ante su trivio pampeano y vacila: *"El de la derecha conduce a los Llanos, su patria, el teatro de sus hazañas, la cuna de su poder; allí no hay fuerzas superiores a las suyas, pero tampoco hay recursos; el del medio lleva a San Juan, donde hay mil hombres sobre las armas, pero incapaces de resistir a una carga de caballería en que él, Quiroga, vaya a la cabeza agitando su terrible lanza; el de la izquierda, en fin, conduce a Mendoza, donde están las verdaderas fuerzas de Cuyo"* con cientos de soldados disciplinados.

Y aquí, como dije al principio, el texto se introduce en el uso del suspenso, tan propicio para el folletín, y se pregunta: *"¿Cuál de ellos tomará Quiroga?"*. Pues toma este último, es decir, el más desfavorable desde un cálculo racional, para luchar con sus trescientos hombres sin disciplina, estando él mismo "enfermo y decaído". Y contra todo lo previsible el resultado de la batalla es sintetizado por Sarmiento apelando a la clásica frase de Julio César para mostrar a los romanos su eficacia militar: "Vine, vi, vencí".

¿Cómo ha sido esto posible? ¿Cómo una montonera mal armada y sin disciplina ha derrotado a "un escuadrón de coraceros en disciplina"? Podemos entonces traducir la pregunta de este modo: ¿cómo la barbarie pasional y desordenada ha derrotado a la civilización disciplinada y racionalmente organizada? Como vemos, al explicar el resultado de una batalla de tantas, Sarmiento nos ofrece la respuesta a una pregunta crucial que seguirá resonando en distintos momentos dentro de la élite letrada argentina (pienso en Borges): ¿por qué triunfan los bárbaros?

Y ésta es la respuesta que leemos: *"Un plagio impertinente hecho a la estrategia europea, un error clásico por una parte; y una preocupación argentina, un error romántico por otra, han hecho perder del modo más vergonzoso la batalla"*. Volveremos sobre esta frase que no tiene desperdicio, pero antes veamos los hechos de ese episodio.

Primero, el general Videla Castillo, que en la escena es el general del orden y la disciplina, no cree ("como ningún general podía creer") que Facundo fuese a invadir Mendoza. O sea, la imprevisibilidad del actuar bárbaro rompe los esquemas del cálculo civilizado. Segundo, este acto irracional de Facundo lo lleva a una encerrona consistente en tener que combatir "en un terreno intransitable contra seiscientos infantes, una batería formidable de artillería y mil caballos por delante". Facundo, diríamos hoy, "está regalado", ha aceptado –dice Sarmiento– la invitación del zorro

a la garza. Tercero: sin embargo Facundo convierte la derrota en victoria. ¿Por qué? Pues porque *"todos los jefes son argentinos"*. Y esto, ¿qué significa? Significa que también los generales de la civilización en el fondo son gauchos, o sea, "gente de a caballo", y para esta gente *"no hay gloria verdadera si no se conquista a sablazos"*. El error argentino (que es, fíjese bien, el "error romántico") consistió entonces en usar al principio la caballería. ¿Y por qué se cometió semejante error? *"Porque el espíritu de la pampa está en todos los corazones; pues si solevantáis un poco las solapas del frac con que el argentino se disfraza, hallaréis siempre el gaucho más o menos civilizado, pero siempre el gaucho"*.

Y dado que para las cargas de caballería se necesita campo abierto, se elige este terreno en lugar del tanto más apto para la infantería, que es el campo más quebrado, más accidentado. "He aquí el error de estrategia argentina" (o americana), leemos, y aquí, en la edición de *El Progreso* del 30 de mayo de 1845, se detiene esta entrega del folletín, dejando a sus lectores, como corresponde al género, expectantes hasta la próxima entrega en la que se completará el relato de la batalla.

El *Facundo* deja planteado de este modo otro tema que seguirá generando ecos a lo largo de toda nuestra tradición cultural: Argentina contiene una civilización de superficie que esconde una barbarie profunda. Y en este pasaje notable uno podría decir que Sarmiento nos confirma su visión apriorística en favor de la civilización al poner en el uso bárbaro de la estrategia militar la causa de la derrota. Pero si por un lado el romántico Sarmiento nos dice que este uso bárbaro es al mismo tiempo romántico, por el otro agrega que la derrota del orden disciplinado se debe no sólo a un uso *americano* de la fuerza armada sino también a "un plagio *europeo*". Porque mientras en Europa los campos de batalla abrazan aldeas y villas, en América las luchas se libran en campo raso, donde –dictamina– "lo menos conveniente era dar una carga de caballería".

Conclusión: Facundo triunfa sobre la base de un error bárbaro y de un plagio civilizado. Es significativo: error más error no se neutralizan, no es que cero más cero da nada, sino que un error civilizado más un error bárbaro dan el triunfo a la barbarie. Con lo cual se demuestra una consigna estratégica de Sarmiento y de toda la Generación del '37: que es tan mala la barbarie como la mala copia europea.

Esta conclusión a la que acabamos de llegar es de fundamental importancia para comprender la cosmovisión sarmientina y alejarnos de las interpretaciones que la califican de alienada copia europeizante según la cual se trata de sustituir sin más a la barbarie. Precisamente ése habría sido para la Generación del '37 el error unitario, el error de Rivadavia. Es célebre en ese terreno la pintura que en el *Facundo* se hace del *tipo* del unitario: *"El unitario tipo marcha derecho, la cabeza alta; no da vuelta aunque sienta desplomarse un edificio; habla con arrogancia; completa la frase con gestos desdeñosos y ademanes concluyentes; tiene ideas fijas, invariables; y a la víspera de una batalla se ocupará todavía de discutir en toda forma un reglamento o de establecer una nueva formalidad legal; porque las fórmulas legales son el culto exterior que rinde a sus ídolos, la Constitución, las garantías individuales. [...] Es imposible imaginarse una generación más razonadora, más deductiva, más emprendedora y que haya carecido en más alto grado de sentido práctico".*

En suma: la generación unitaria había desconocido la verdadera naturaleza del país sobre el cual se debía implantar la civilización, y por eso creyó que "escribiendo una ley sobre un papel de cigarrillo se podía modificar una costumbre". En cambio, como ya vimos, la generación romántica repetirá con Echeverría que era preciso tener una mirada estrábica: "Un ojo clavado en el progreso de las naciones y el otro en las entrañas de la sociedad"

Podemos ahora volver al general Paz, quien hasta aquí ha demostrado en las batallas de Oncativo y La Tablada que la civilización puede vencer a la barbarie. Pero he aquí que este mismo general será apresado por "un tiro de bolas" en un enfrentamiento con las fuerzas federales cordobesas, y permanecerá en prisión durante ocho años (en ellos comenzará a escribir sus valiosas *Memorias*). Esta circunstancia podría atribuirse a la casualidad, a esos –dice el *Facundo*– acontecimientos fortuitos, a esos "pequeños hechos" que tienen "el poder de trastornar la suerte de los imperios" (del tipo de la belleza de Cleopatra, que al seducir a los generales romanos modificó el curso de la historia).

Pero semejante admisión arrasaría con la ya señalada pretensión científica del *Facundo* de dar cuenta de los hechos de la reciente historia argentina, pretensión en la cual por definición no puede ingresar lo aleatorio. Y así argumenta que no es azaroso que ese apresamiento de Paz provenga del gaucho de la pampa convertido en elemento político. Así –concluye– puede decirse que *"la civilización fue* boleada *aquella vez"*. De tal modo el general de la civilización, estratega matemático y científico en tanto artillero, perteneciente entonces a una arma del ejército de avanzada tecnología, cayó paradójicamente abatido por la boleadora, o sea, por una de las armas más primitivas de la barbarie. Y si esto no es casual sino providencial, nuevamente en tierras americanas la Fortuna parece estar del lado opuesto a la civilización.

Podemos volver entonces a una pregunta anterior: ¿tiene la civilización su personificación en el *Facundo*? ¿Hay un grande hombre de la civilización equivalente al héroe bárbaro que personifica Quiroga? La respuesta es negativa. Es cierto que el libro *Facundo o civilización y barbarie*, también editado en 1845 (no el folletín publicado en el diario), se cierra con un llamamiento laudatorio al general Paz, quien entonces reúne tropas en Corrientes para combatir a Rosas. Pero se trata como veremos hacia el

final de una esperanza sin garantías, llena de condicionales ("si tal cosa, si tal otra").

Y de modo confluyente, yendo a la elaboración de la figura de Paz en el texto, es muy evidente la diversa densidad de la construcción intensa, potente, sobreescrita de Facundo, por un lado, y la tenue y casi inverosímil fabricación del personaje de Paz. Ya que por momentos el caudillo riojano asume la intensidad de un superhombre romántico en su desmesura instintiva, mientras que Paz es un correcto militar que procede con una lógica tan científica como descolorida. Es posible verificar esto al leer el *Facundo.*

De modo que el libro de la civilización no tiene *héroe de la civilización.* Por lo cual resulta difícil, siguiendo la lógica misma del texto, encontrar una vía de resolución del conflicto hacia una alternativa civilizada. Esto puede decirse de una manera teóricamente más elaborada con esta pregunta: ¿hay dialéctica en el *Facundo*?

Por dialéctico se entiende aquel proceso en el cual se enfrentan dos elementos, dos términos (civilización y barbarie, en nuestro caso), que como resultado de esta lucha producen una síntesis que no es ni una ni otra, sino un tercer elemento (la síntesis) que los incluye y los supera. Siendo así, entonces, ¿hay dialéctica en el *Facundo*?

Si se sigue la línea del razonamiento fundado en la teoría del grande hombre, no podría haberla porque aún en *Facundo* no hay héroe de la civilización, lo que sí ocurrirá –como ha señalado Elías Palti– en *Recuerdos de provincia,* que es la biografía de un héroe de la civilización que es... ¡el propio Sarmiento! Allí afirma que en tanto los unitarios miraban sólo de manera abstracta al futuro, y los caudillos federales sólo con excesiva concretitud y apego al pasado, él, Sarmiento, es como el dios Jano, bifronte, que mira al mismo tiempo al pasado y al futuro, que articula el pasado colonial con la revolución de independencia. Ello porque "por mi madre –escribe– me alcanzaban las vocaciones coloniales; por mi padre

se me infiltraban las ideas y preocupaciones de aquella época revolucionaria". Y en términos coloquiales, Sarmiento en algún momento se imaginará según esa síntesis, compuesta casi como una contradicción en los términos, al autodesignarse como "el doctor montonero".

Me he permitido estas referencias presentes en *Recuerdos de provincia* porque ellas permiten remarcar el contraste ofrecido por el *Facundo* en su débil construcción de héroes civilizatorios capaces de suturar el abismo abierto por la historia argentina entre la civilización y la barbarie. Y ahora, luego de haber colocado el foco en los términos que remiten a la barbarie, podemos dirigir nuestra atención hacia el otro término del binomio que compone el tema y el subtítulo de la obra: la *civilización.*

Para comenzar, si apelamos a la historia de los conceptos, ésta nos dice que a partir del siglo XVIII el término "civilización" se refiere a un proceso, a algo que está en un movimiento constante y ascendente, con lo cual la noción se asocia fuertemente con la idea de progreso. Además, la palabra *civilización* proviene del latín *civis,* y, según ha remarcado el estudioso francés Jean Starobinski, está asociada al término "policía" y a su significado de "pulido" y "acción de pulir". Dicho de otro modo, la civilización "pasa el cepillo", cepilla las partes toscas, rústicas. "Rústico" proviene de *rus,* campo, y de allí proviene "campesino", mientras que ciudad proviene también de *civis.* Veamos ahora lo que al respecto estampa Sarmiento en el *Facundo*: *"La ciudad es el centro de la civilización argentina, española, europea; allí están los talleres de las artes, las tiendas de comercio, las escuelas y colegios, los juzgados, todo lo que caracteriza, en fin, a los pueblos cultos".*

Finalmente, la civilización dulcifica las costumbres y pacifica las pasiones; entre ellas, la pasión guerrera. Con este significado el vocablo será utilizado por el historiador y político francés François

Guizot en su conocida (también por Sarmiento) *Historia de la civilización en Francia*. Allí, la civilización se caracteriza por el perfeccionamiento de la vida civil y aparece dotada de un valor superior dentro de un movimiento histórico evolutivo.

Todos esos significados son recogidos por Sarmiento, aunque, como veremos, también le introducirá otras tonalidades. Su uso fundamental funciona en su caso dentro de una valoración política y ya no "científica". Así dirá que, dado que la civilización es superior a la barbarie, es preciso alcanzar ese estadio de desarrollo. Y al decir "es preciso", "es necesario", "hay que combatir en pro de la civilización", su lenguaje adopta un tono ya no descriptivo sino prescriptivo: no dice cómo es, sino cómo *debe* ser.

Existe por fin otro significado que se halla siempre presente en el *Facundo,* y que remontándose a la tradición clásica considera a la ciudad como asiento natural de la república, de la forma republicana de gobierno. Aquí debemos saber que cuando Sarmiento piensa en la república lo hace sobre el trasfondo ineludible de *El espíritu de las leyes*, publicado por Montesquieu en el siglo XVIII. En este libro de enorme influencia sobre las élites letradas hispanoamericanas de entonces, se definen tres formas de gobierno: la monarquía, en la que el poder está en manos de uno pero bajo la ley; el despotismo, donde el poder está en manos de uno que gobierna sin ley y a su entero arbitrio, y la república, en la que el poder está en manos de todos si es democrática, o de unos pocos si es aristocrática.

A su vez, cada uno de estos regímenes de gobierno –siempre según Montesquieu– reposa en un "principio", un resorte o una pasión. La república se funda en la virtud, la monarquía en el honor, y el despotismo reposa sobre el miedo. Precisamente sobre el miedo, piensa aunque no siempre Sarmiento, se asienta el régimen despótico de Juan Manuel de Rosas. Y también sobre el

miedo, infundido por el terror, descansa el poder de Quiroga: "He aquí su sistema todo entero –leemos en *Facundo*–: el terror sobre el ciudadano para que abandone su fortuna; el terror sobre el gaucho para que con su brazo sostenga una causa que ya no es la suya". De modo que *"el terror entre nosotros es una invención gubernativa para ahogar toda conciencia, todo espíritu de ciudad, y forzar al fin a los hombres a reconocer como cabeza pensadora el pie que les oprime la garganta"*.

A este terror que, ya en tono pesimista, "es un medio de gobierno que produce mayores resultados que el patriotismo y la espontaneidad", Sarmiento le opone la virtud en tanto principio de la república. La virtud es aquí el espíritu de entrega que cada ciudadano hace de una energía privada en función del bien público, de la "cosa pública", que en latín se dice, precisamente, *res publica.*

Éstos son los significados fundamentales del término civilización en el *Facundo.* Existe otro realmente diferente y que se aproxima a lo que llamaríamos "cultura". Lo encontramos en el siguiente pasaje que, si lo cito, es sobre todo porque nos sirve para seguir viendo la manera en que las dos entidades que organizan el texto coexisten. Escribe Sarmiento: *"En la República Argentina se ven a un tiempo dos civilizaciones distintas en un mismo suelo: una naciente que sin conocimiento de lo que tiene sobre su cabeza está remedando los esfuerzos ingenuos y populares de la Edad Media; otra que sin cuidarse de lo que tiene a sus pies intenta realizar los últimos resultados de la civilización europea: el siglo XIX y el XII viven juntos: el uno dentro de las ciudades, el otro en las campañas".*

Llegados a este punto, podemos construir una tabla de oposiciones binarias entre términos que en *Facundo* se corresponden con la civilización y la barbarie. La oposición entre ambos términos sería la siguiente:

Civilización	***Barbarie***
Ciudad	Campaña
Europa	América
Modernidad	Atraso
Movilidad	Inmovilidad
Letrado	Iletrado
España/colonia	Francia
Libertad	Despotismo
Sociedad: Gobierno	Familia: caos político
Comercio-Agricultura	Ganadería (estancia) pastoril
Razón	Instintos-pasiones
Laboriosidad	Ocio
Siglo XIX	Edad Media (siglo XII)
Espíritu	Materia

Desde otra perspectiva, Ana María Barrenechea dice que en *Facundo* civilización es igual a ideas liberales, espíritu europeo, formas constitucionales e imperio de la ley, y esta civilización está representada por una minoría culta poseedora de la razón y de la virtud. La barbarie, a su vez, se identifica allí mismo con lo americano, colonial e hispánico, con las ideas absolutistas, la arbitrariedad del déspota y con el mando de los caudillos apoyados por masas populares e ignaras guiadas más por el instinto que por la razón.

Si esta última descripción y la tabla de opuestos binarios resultan claras, podemos ahora tomar uno de ellos para verificar cómo operan en concreto estas categorías dentro del texto. Fijémonos entonces en la antinomia entre "movilidad e inmovilidad". Estos términos remiten sin duda a pertenencias temporales diferentes, ya que en efecto lo móvil es un rasgo preciso de la modernidad, que se opone a la perdurabilidad de las situaciones y los lugares propia de las sociedades tradicionales. En la modernidad, por ejemplo, impera la movilidad social (se puede ascender o descender en la escala social), a diferencia de las sociedades premodernas en las cuales se nace y se muere en la misma clase o estamento.

Igualmente, en el ámbito de la civilización, otra forma de la movilidad es la que se desarrolla bajo la forma del desplazamiento en el espacio. Allí donde las sociedades tradicionales tienden a la permanencia en su hábitat de nacimiento y residencia, la modernidad desata el afán por el desplazamiento, los viajes, el cambio de aire, etc. De allí que si queremos encontrar un símbolo, un ícono de la modernidad en el siglo XIX, ése será el ferrocarril. Basta para nosotros con pensar en el lugar que ocupará como expresión del avance de la civilización en el género cinematográfico de los *westerns* norteamericanos. Y tendrá ese carácter simbólico porque realiza al extremo la función de "devorar" espacios, sumándole el hecho de ser un producto de otros dos emblemas y motores de la modernidad: la ciencia y la técnica industrial.

Y bien, si movilidad, velocidad y hasta vértigo son fenómenos asociados inextricablemente con la modernidad, y la inmovilidad al atraso, a lo tradicional, podemos utilizar este conocimiento "para leer el *Facundo*" de una manera más rica, observando en un célebre pasaje del mismo cómo esta contraposición movilidad/inmovilidad es puesta en discurso mediante una figuración literaria. Esta contraposición es además desplazada para concretar una valoración positiva de Buenos Aires frente a otra negativa de la ciudad de Córdoba.

Veamos. Existe en esta última, en Córdoba, dice el *Facundo*, un lago, esto es, una gran acumulación de aguas estancadas, y los cordobeses están condenados a dar vueltas permanentemente alrededor del mismo. Y en efecto, el desplazamiento circu-

lar podríamos decir que es el movimiento menos parecido al movimiento, al cambio de lugar, ya que es el eterno pasaje por los mismos lugares, la monótona reiteración de lo mismo. En cambio, para figurar la ciudad de Buenos Aires el movimiento que en el libro se describe es vertiginoso, lineal y abierto, puesto que allí *"el* Contrato social *vuela de mano en mano"*.

La construcción literaria es notable e ilustrativa, porque a la velocidad del desplazamiento se le superpone que aquello que "vuela" es nada menos que el libro de Rousseau, esto es, la Biblia de la modernidad política inspiradora de la Revolución Francesa.

Nos percatamos también de que este mismo pasaje nos sirve para comenzar a flexibilizar la rigidez de las antinomias binarias antes señaladas, porque comprobamos que no todas las ciudades son civilizadas (como en otros pasajes podrá verse que no todo lo campesino es bárbaro), dado que Córdoba es un centro urbano pero alberga instituciones tradicionales, retrógradas (iglesias y conventos); en ella aún sobrevive el espíritu colonial español.

De modo más radical aun, las ciudades pueden decaer en la barbarie: es lo que ha ocurrido con Mendoza, que supo ser "la Barcelona del interior" y luego se hundió en la barbarie por las invasiones montoneras. Incluso más grave resulta que nada menos que Buenos Aires haya sido finalmente sometida por la barbarie rosista. La obediencia impuesta por el Restaurador y la humillación a la que somete a su población ilustrada le hace exclamar: *"¡Y éste era el pueblo que rendía a once mil ingleses en las calles y mandaba después cinco ejércitos por el continente americano a la caza de españoles!"*. Y el sanjuanino acompañará esta observación con una acusación: *"¡Eh! vergüenza de Buenos Aires, os habéis hecho la guarida de todas las alimañas que Paz hace huir del interior"*. El terror puede así derrotar a la civilización, y esto es posible porque no debe olvidarse –dice– que somos españoles "y

la Inquisición educó así a la España". Por ende, *"esta enfermedad la traemos en la sangre"*.

Miremos ahora otro opuesto binario en nuestra columna, opuesto que proviene del fondo del pensamiento de la Ilustración, y es el que contrapone el comercio y la agricultura (del lado de la civilización) *versus* la ganadería (por la barbarie). Porque ese par de opuestos jugará también un rol dentro de la lógica del *Facundo*.

Según la versión ilustrada, el trabajo que implica el cultivo de la tierra, por un lado, y el contacto con otros pueblos que requiere el comercio, por el otro, suavizan las costumbres, aplacan las malas pasiones (les "pasan el cepillo"), y de tal modo contribuyen a la constitución de una buena moralidad, del mismo modo que el actuar fundado en la razón es más constructivo que el que se deja guiar por las fuerzas ciegas de los instintos y las pasiones. En cambio la ganadería es una práctica pasiva que no fortalece una ética del productor y, como veremos, no genera lazo social; no genera sociabilidad sino únicamente individuos aislados en su propia soledad o conectados solamente en sus malas pasiones.

Llegados a este punto, hemos sumado otra serie importante de nociones y referencias que nos permiten proseguir con una lectura más avisada del texto sarmientino.

EPÍGRAFE E INTRODUCCIÓN

Volvemos pues a tomar el libro entre las manos y a seguirlo según su ordenamiento. Y retornamos al principio del principio, ya que inmediatamente después de título y subtítulo, y antes aun de la *Introducción*, el libro empieza con una cita en francés: *"On ne tue point les idées"*, cuya traducción literal sería: *"Las ideas no se matan"*. Pero vemos que Sarmiento la traduce de otro modo: *"A los hombres se degüella; a las ideas, no"*.

¿Cómo podemos comentar, interpretar, es decir, dotar de un significado ampliado a estas palabras? En principio diría que ésta es una traducción perfecta precisamente porque no es una traducción literal, sino que *traslada* espacialmente la cita, y al hacerlo la "nacionaliza" mediante una palabra (*degüello*) que pertenece al léxico americano, al diccionario gaucho, en tanto refiere a una práctica mortífera utilizada en las guerras civiles.

Además Sarmiento comenta que esta frase la escribió sobre las paredes de los baños de *El Zonda* mientras huía del despotismo bárbaro hacia Chile, y que cuando llegan los esbirros de la

dictadura no entienden qué dice. Y éste es un punto notable. Porque en la narración de ese episodio ya encontramos una respuesta a la pregunta "quién escribe" al menos en dos sentidos.

Veamos. El civilizado Sarmiento sale huyendo del despotismo rosista y escribe una frase en francés, que entonces es la lengua culta, la lengua de la civilización. Luego llegan los bárbaros, quienes naturalmente no pueden leer la lengua de la civilización. En cambio, Sarmiento que sí la posee puede *traducir* la lengua de la civilización en términos locales, o sea, puede efectuar una *translation* que es una auténtica interpretación. El que escribe es entonces un letrado que integra el bando de la civilización y al mismo tiempo un *hermeneuta*, un intérprete, alguien que conoce el significado de signos que para los otros no significan nada.

Además se pone en escena, podría decirse, otra construcción edípica. Edipo es quien en la tragedia griega devela el enigma de la Esfinge, y esto es explícito en el libro de Sarmiento, ya que para él Rosas personifica la Esfinge argentina. De manera que una y otra vez se propondrá como el Edipo argentino.

A su vez, esta alabanza del hermeneuta la reencontraremos en *Facundo* formando espejo con el propio autor, ya que esa cualidad será compartida por algunos tipos de gauchos, como el rastreador y el baqueano. Ese personaje grave y circunspecto que es el rastreador *"ve el rastro y lo sigue sin mirar sino de tarde en tarde el suelo, como si sus ojos vieran de relieve esa pisada que para otro es imperceptible"*. No dejemos pasar esta ocasión del texto, entonces, para verificar que en el *Facundo* hay un saber de la barbarie o, dicho con una paráfrasis célebre, que la barbarie tiene razones que el civilizado no comprende.

Pero retornemos por última vez a la escena del epígrafe, a la que Ricardo Piglia ha interpretado con inteligencia como una *border scene*. Porque en efecto en ella Sarmiento se ubica en el borde entre la Argentina despótica de la que huye y el Chile donde brilla –así

dice– la libertad, y sobre todo en el borde entre dos lenguas: la lengua gaucha y la lengua de la civilización. Y desde ese borde entre dos mundos, *en* ese borde, habla; ése es su lugar de enunciación. Con lo cual demuestra que es él quien puede pasar, *translada*rse de un mundo a otro. Pero debe observarse que traducir el verbo francés *tuer* (matar) por *degollar* implica que ese *traslado* arrastra consigo también la marca de la barbarie. Todo esto me permite seguir subrayando que el corazón del *Facundo* no está ni en la civilización ni en la barbarie, sino en la "y", en esa unión *copulativa* que las conjunta y las fricciona.

Con todo lo expuesto he tratado de mostrar, entonces, aquello que significa responder a la pregunta "quién habla", es decir, al modo en que se construye en un texto la figura del autor, en este caso de Sarmiento. Esa figura será reforzada cuando edite el folletín en forma de libro, en ese mismo año de 1845. Allí, bajo su firma aparecerán los títulos habilitantes de autoridad: "Miembro de la Universidad de Chile y Director de la Escuela Normal". Esto es, Sarmiento –el autodidacta– ahora se legitima en su saber y en su rol de intelectual apoyándose en la más alta institucionalidad chilena del saber.

Prosigamos la lectura. Luego del epígrafe comentado nos enfrentamos con una *Introducción* que a su vez se abre con una *invocación* explícitamente shakespeariana. La invocación es un recurso literario clásico según el cual el autor llama en su ayuda a los dioses para que lo iluminen a la hora de comenzar su discurso. Y en nuestro caso esa invocación se dirige al fantasma, al espectro, a la sombra de Facundo Quiroga, en un párrafo difícilmente olvidable: *"¡Sombra terrible de Facundo! ¡Voy a evocarte para que sacudiendo el ensangrentado polvo que cubre tus cenizas te levantes a explicarnos la vida secreta y las convùlsiones internas que desgarran las entrañas de un noble pueblo! ¡Tú posees el secreto, revélanoslo! Diez años después de tu trágica muerte, el hombre de las ciudades y el gaucho de los llanos argentinos, al tomar diversos senderos en el desierto, decían: ¡No! ¡No ha muerto! Vive aún. ¡¡Él vendrá!!".*

Reforzamos entonces la idea de que esta construcción se halla montada sobre la convicción del historicismo romántico de que un "grande hombre" encarna una época, de manera que comprendiendo su vida y escribiendo su biografía se entiende un período histórico y se responde en definitiva al enigma argentino. Así, el "grande hombre" del libro de la civilización es un bárbaro, y esto irá produciendo deslizamientos fascinantes en el texto, deslizamientos que incluso llevan a su autor mucho más allá, y a veces contra sus propias valoraciones, mucho más allá de un panfleto de defensa política o de un programa civilizatorio.

Luego de la invocación de aliento shakespeariano, uno esperaría que comenzara por fin el relato de la vida de Quiroga. Pero esto no ocurre. ¿Por qué? Porque ya sabemos que el *Facundo* incluye dentro de los géneros a los que acude al que hoy ubicaríamos dentro de las "ciencias sociales", o sea, una pretensión científica de explicar las formaciones sociales y los acontecimientos históricos. En esto también Sarmiento es un moderno, ya que no apela a explicaciones de corte mágico o religioso, sino que busca causas inmanentes al propio proceso. Y allí Sarmiento echa mano a una de las primeras concepciones que trataron de dotar de este tipo de racionalidad a las formaciones sociales: *la teoría del medio*, por lo cual pasará a describirnos no a los actores del drama sino el escenario, el medio geográfico.

EL ESCENARIO

Se trata en rigor de una idea muy vieja (se la encuentra en la tradición grecolatina) que dice que las personas que viven por ejemplo en la llanura son distintas de las que habitan en la montaña, y éstas a su vez son distintas de las que viven en el mar, etcétera. *"Hay que notar de paso un hecho* –leemos en *Facundo*– *que es muy explicativo de los fenómenos sociales de los pueblos. Los accidentes de la naturaleza producen costumbres y usos peculiares a estos accidentes"*. De manera que *"modificaciones análogas del suelo traen análogas costumbres, recursos y expedientes"*. Para este postulado ya sabemos que en la época existe un referente inmediato: *El espíritu de las leyes*. Así, para Montesquieu la democracia se corresponde con un territorio montañoso, y en las planicies (como la pampa argentina) impera el despotismo.

De modo que antes de abordar la vida de Quiroga, Sarmiento tiene que describir el escenario geográfico, el medio que produce a Facundo; tiene en suma que escribir una *geogénesis*, una interpretación racional que dé cuenta de la aparición del caudillismo

y de la barbarie en Argentina. A esto dedica el primer capítulo del libro, titulado *Aspecto físico de la República Argentina, y caracteres, hábitos e ideas que engendra.*

Entonces leemos una descripción de las regiones geográficas argentinas que Sarmiento por cierto no es el primero en realizar, sino que la toma de relatos de arrieros, soldados y también de viajeros europeos. Estos últimos eran personas que combinaban tareas científicas, comerciales y aun de espionaje con la escritura de los rasgos del país que visitaron entre 1820 y 1835, componiendo un listado de autores tales como Francis Bond Head, Joseph Andrews o el propio Darwin. Más allá de este dato crudo (estudiado con detenimiento por Adolfo Prieto), lo notable es que el modo en que los argentinos comienzan a ver su propio territorio lo tomarán en buena medida de libros ingleses, sin excluir a ese autor romántico que es Sarmiento. Ésta es la paradoja del romanticismo en el Plata. Paradoja porque el canon romántico indica buscar lo autóctono, lo propio, y en esa búsqueda, más temprano que tarde, los románticos tropezarán con el hallazgo de restos importados. Echeverría confiesa así que en su búsqueda campesina de canciones populares no encontró sino restos de canciones pertenecientes al italiano, al francés, pero ninguna realmente autóctona.

Finalmente, luego de describir la selva y los Andes, nuestro autor se detiene en la pampa y decide que Argentina *es* la pampa. Será sin duda una decisión de larga duración: todavía en 1934, cuando Martínez Estrada intente develar la esencia de nuestro país, llamará a ese ensayo *Radiografía de la pampa*. Es que –como recordó recientemente Adrián Gorelik– esa imagen "pampeanocéntrica" sarmientina resultó inaugural de una línea de larga duración dentro de las visiones de nuestro país.

¿Y qué es la pampa que Sarmiento (que nunca ha visto la pampa) verá? Es una llanura infinita donde la mirada se pierde. La pampa

es un inmenso vacío. Vacío de habitantes pero también vacío de sentido o, al menos, de civilización. Este escenario geográfico de una llanura infinita evoca nuevamente a Montesquieu, quien a su vez lo había localizado en Asia. Aquí comprobamos por ende una penetración del "asiatismo" en la composición del *Facundo*, dato importante destacado por Carlos Altamirano, cuya importancia crece si además tenemos en cuenta que también para Montesquieu el modo de imponer orden en esos territorios infinitos es a través de regímenes fuertemente centralizados y despóticos.

He aquí un fragmento donde se representa ese "mar en la tierra" que es la pampa: *"Imaginaos una extensión de dos mil leguas cuadradas, cubierta toda de población pero colocadas las habitaciones a cuatro leguas de distancia unas de otras [...] La sociedad ha desaparecido completamente; queda sólo la familia feudal, aislada, reconcentrada, y no habiendo sociedad reunida, toda clase de gobierno se hace imposible [...] Ignoro si el mundo moderno presenta un género de asociación tan monstruoso como éste"*. Allí no hay sociabilidad. "En una palabra, no hay *res publica"*.

Acotemos ahora que este escenario, esta planicie infinita, que es inepta para el asentamiento de la civilización, es por otra parte propicia para el placer estético y el surgimiento de la poesía y el arte. Nuevamente nos enfrentamos a la tensión entre una realidad que mirada desde el punto de vista socio-político es deplorable, pero que observada desde los parámetros del ideario estético resulta valorada, y valorada en la clave romántica que late en este pasaje: *"¿Qué impresión ha de dejar en el habitante de la República Argentina el simple acto de clavar los ojos en el horizonte, y ver... no ver nada; porque cuanto más hunde los ojos en aquel horizonte incierto, vaporoso, indefinido, más se le aleja, más lo fascina, lo confunde y lo sume en la contemplación y la duda. [...] He aquí ya la poesía: el hombre que se mueve en estas escenas se siente asaltado de temores e incertidumbres fantásticas, de sueños que le preocupan despierto. De aquí que el pueblo argentino es poeta por carácter, por naturaleza"*.

Este medio geográfico, económico y social produce un tipo humano que es el gaucho, dentro del cual se diferencian cuatro especies: el gaucho cantor, el rastreador, el baqueano y el gaucho malo. De todos ellos sólo el último es un espécimen negativo, ya que el cantor posee el don natural de la poesía y será la fuente de una literatura nacional, y el baqueano y el rastreador, como ya sabemos, comparten con Sarmiento su sapiencia hermenéutica (ven sentidos donde los demás sólo ven significantes, marcas sin significado). Esto para seguir cuestionando la creencia de que en Sarmiento todo lo gaucho es negativo. Lo que ocurre es que el *Facundo* se propone explicar la barbarie, y para ello la economía del texto requiere ahora seleccionar de todos esos tipos al gaucho malo, porque tirando de ese hilo nos toparemos con Quiroga.

El gaucho malo es un marginal, un "salvaje de color blanco", un "fuera de la ley" perseguido por la justicia. Libre de ataduras y sin condiciones para constituir una sociabilidad como aquella que ofrece la agricultura (por su necesidad de vínculos con otros productores y el fomento de la laboriosidad), el gaucho va a construir una sociedad perversa, sustituta y ficticia cuyo modelo se concentra en la pulpería. En esta *asamblea sin objeto público* se estima la fuerza física, el coraje, la destreza en el manejo del caballo y en el uso del cuchillo, que es una herencia española.

Caballo y cuchillo. Caballo: estando el Chacho Peñaloza emigrado en Chile, cuenta Sarmiento, alguien le preguntó cómo le iba. La respuesta fue: *"¡Cómo me ha de ir! ¡En Chile y a pie!"*. Cuchillo: es más que un arma; *"es un instrumento que le sirve para todas sus ocupaciones: no puede vivir sin él; es como la trompa del elefante, su brazo, su mano, su dedo, su todo"*.

No hay en estos párrafos indignación moral: sí una descripción pretendidamente objetiva de las condiciones materiales que

producen este tipo social, a partir de una sociedad determinada. Porque es en esta sociedad donde *"la cultura del espíritu es inútil o imposible, donde los negocios municipales no existen, donde el bien público es una palabra sin sentido, porque no hay público"*. Y es ella la que ofrece los caminos por los cuales los sujetos deberán irremisiblemente transitar. Si se acumulan posiciones de poder, se llegará a comandante de campaña, quien deberá descollar en las virtudes gauchas y ser más desalmado que aquellos a quienes debe reprimir o dirigir. Y aquí un señalamiento que será estratégico en la argumentación del *Facundo*: *"Es singular que todos los caudillos de la revolución argentina han sido comandantes de campaña: López e Ibarra, Artigas y Güemes, Facundo y Rosas"*.

Sarmiento indica con esto último un rasgo que los estudios historiográficos hasta el presente seguirán considerando para explicar dos características centrales de ese período. Puesto que la institución *comandante de campaña* conjunta la *militarización* y la *ruralización* del poder político en las primeras décadas post-revolucionarias de Argentina.

Precisamente, los efectos de este desplazamiento, de este juego de poderes entre la ciudad y la campaña, es aquello que el *Facundo* nos revela quizás como su descubrimiento esencial. Y en esto finca la develación del enigma planteado desde el principio: ¿por qué la revolución desembocó en el despotismo?

RESOLUCIÓN DEL ENIGMA

La respuesta aparece en el capítulo IV (titulado *Revolución de 1810*); es "el punto en que el drama comienza". Antes de Mayo –leemos– había en lo que será la Argentina dos sociedades con sus respectivas culturas. La de la ciudad y la del campo, que existían aisladas, encapsuladas, desarrollándose sin interferirse. La de las ciudades, española, europea, culta, y la otra bárbara, americana, casi indígena.

Las ciudades son permeables al movimiento de las ideas europeas, y alentadas por ellas desencadenan la revolución de independencia. Y si estos anhelos debían ser ininteligibles para las campañas, la promesa de romper con la autoridad del rey de España (y con toda autoridad) las sedujo. A su vez, la revolución rompió la cápsula que mantenía aislada a la campaña en el momento en que las ciudades llaman a una "tercera entidad" en su apoyo: las masas rurales. Artigas desempeñó ese rol de comandante de campaña, para terminar convirtiéndose en *"instrumento ciego pero lleno de vida de instintos hostiles a la civilización europea y a toda organización regular; adverso a la monarquía como a la república,*

porque ambas venían de la ciudad y traían aparejado un orden y la consagración de la autoridad".

En síntesis: las guerras de independencia, primero, y civiles después liberaron y activaron el mundo rural y bárbaro compuesto por las masas gauchas y sus caudillos. De allí en más se desenvolvió una doble y simultánea lucha: de los patriotas contra los españoles realistas, y de las ciudades contra el campo. Al final del proceso, la revolución triunfó sobre los realistas y el campo sobre la ciudad. *"He ahí explicado el enigma de la Revolución Argentina, cuyo primer tiro se disparó en 1810 y el último no ha sonado todavía".*

Recién entonces, conocido el escenario ecológico que genera al gaucho malo, al comandante de campaña y al caudillo, y develado el enigma, el *Facundo* puede pasar a relatarnos la saga de Quiroga.

VIDA DE QUIROGA

Este capítulo se inicia con otro pasaje antológico: el joven Quiroga se encuentra en el desierto con un tigre cebado en carne humana, y a partir de allí Sarmiento establece una analogía entre el animal y quien será llamado el Tigre de los Llanos. *"Su cara un poco ovalada estaba hundida en medio de un bosque de pelo, a que correspondía una barba igualmente crespa y negra [...] Sus ojos negros, llenos de fuego y sombreados por pobladas cejas causaban una sensación involuntaria de terror en aquellos sobre quienes alguna vez llegaban a fijarse [...] La estructura de su cabeza revelaba, sin embargo, bajo esta cubierta selvática, la organización privilegiada de los hombres nacidos para mandar".*

Explícitamente: Facundo es aquí "el hombre de la naturaleza", y como tal poseído por el puro instinto, por la pura pasión, rasgos notoriamente positivos para el formato romántico, aun cuando al ser acentuados conducen a la bestialización de su figura. Uno de los trazos esenciales reveladores de su carácter instintivo es la falta de cálculo racional. Quiroga no calcula; obra por puro impulso, y

es fundamental recordar que en ese rasgo residirá una de las diferencias centrales con Rosas. Facundo emerge así como un individuo pasional, irracional, potente, energético.

Es además un guerrero que oficia de caudillo de masas rurales. Un líder gaucho que entrará en conflicto con el caudillo porteño Juan Manuel de Rosas y que en un momento bajará a Buenos Aires, donde por un lapso se produce en él un fenómeno que en principio verifica la teoría sarmientina del medio. En efecto, la ciudad de Buenos Aires lo marca con improntas civilizatorias: sus hijos visten frac o levita y los manda a los mejores colegios, *"declárase unitario entre los unitarios, y la palabra Constitución no abandona sus labios"*. Pero simultáneamente se nos dice que pagará por esto el duro precio de la pérdida de sus instintos, de su naturaleza: Facundo se des-naturaliza. Una noche una partida policial irrumpe en su cuarto; Quiroga tiene el facón debajo de la almohada, lo empuña, pero *"vuelve a reclinarse y abandona lentamente el arma homicida"*.

El romanticismo ha entonado la alabanza del hombre natural, tanto más virtuoso cuanto más alejado de los afeites y los afeminamientos de la civilización. De ahí su valoración de lo espontáneo y natural, como las figuras del campesino o el niño, incontaminados por la cultura intelectual. Ellos son individuos tocados naturalmente por la gracia. Lo que le ocurre precisamente a Facundo es que la ciudad, sede de la civilización, lo *des-gracia*. En el episodio narrado, ha perdido la espontaneidad del instinto salvaje y entonces ha quedado literalmente inerme.

Aquí el mensaje no es incluyente: cuando el bárbaro adopta pautas civilizadas, se pierde. Pero, además, en el relato en curso sucede que él se perderá *también* cuando obedezca a sus instintos. Con lo cual, haga lo que hiciere, su destino está fijado. De allí que en esta secuencia de acciones comprobamos que el *Facundo* responde al género trágico. A diferencia del género dramático o

novelesco, donde puede darse el triunfo del hombre sobre el mundo, en la tragedia sus protagonistas siguen inexorablemente una conducta muchas veces pasional que los conduce a un final funesto.

En el pasaje tal vez más célebre de la obra que comentamos, la historia se cierra precisamente cuando Quiroga recupera sus impulsos instintivos y marcha, como dirá Borges, "en coche al muere". La ocasión es la misión que se le encomienda desde la misma Buenos Aires, donde la estrella ascendente e incontenible es ya don Juan Manuel.

Facundo Quiroga parte para pacificar el interior del país el 18 de diciembre de 1835, y de allí en más el texto adopta una entonación nítidamente shakespeariana, tomada en parte de la obra *Ricardo III*, ese rey que ofrece su reino por un caballo.

Al salir de Buenos Aires, inmediatamente el medio activa en Facundo sus instintos: *"la brutalidad y el terror vuelven a aparecer desde que se halla en el campo, en medio de aquella naturaleza y de aquella sociedad semi bárbara"*. Y de allí en más Quiroga avanza pidiendo más y más caballos, para sustituir a los que van quedando agotados en esa loca carrera donde Facundo cree poder eludir el destino, con lo cual sólo conseguirá realizarlo. Su naturaleza lo arrastra trágicamente a una muerte en su ley de gaucho bárbaro. Y ello a pesar de todas las advertencias de quienes a lo largo del viaje le revelan la emboscada fatal. Facundo se obstina, se cree imbatible: *"No ha nacido todavía, dice con voz enérgica, el hombre que ha de matar a Facundo Quiroga"*.

Aquí Sarmiento se pregunta: *"¿Qué genio vengativo cierra su corazón y sus oídos y le hace obstinarse en volver a desafiar a sus enemigos, sin escolta, sin medios adecuados de defensa?"*. Y bien: ¿conoce el lector el cuento de la rana y el escorpión? Éste tiene que cruzar un río y le pide a una rana que lo trasporte sobre el lomo. La rana no acepta porque tiene miedo de que la pique. Él responde que eso sería una tontería, puesto que entonces él mismo moriría

ahogado en medio del río. A la rana este argumento la convence y acepta. Pero efectivamente en la mitad del río siente que el escorpión le clava su aguijón mortal. Le pregunta: "¿Por qué?". Y el escorpión le responde: "Porque es mi naturaleza".

A partir de este cuento, el sociólogo francés Jean Claude Passeron reflexiona acerca de la lógica de la acción social, es decir, acerca de "por qué actuamos como actuamos", y sobre esta reflexión y sustituyendo al escorpión por Facundo Quiroga podemos enriquecer la visión que de él se formula Sarmiento.

¿Qué le pasa al escorpión?, se pregunta Passeron. Cuando argumenta ante la rana sigue la lógica de la acción social que Max Weber llama *racional*, típica de los modernos: se persigue un fin (llegar al otro lado del río) y para ello se calcula el medio racionalmente más adecuado (montarse sobre la rana). El problema del escorpión es que mientras argumenta cree en lo que dice ese escorpión que él es *en ese momento*, pero no sabe "el escorpión *que se viene*", que es el que siempre está ya ahí agazapado en lo más íntimo de su naturaleza. Éste es el que emerge cuando, al estar sobre la piel de la rana, no puede evitar que aparezca algo más fuerte que su razón: su instinto. Conclusión: de la ignorancia respecto de sí mismo del escorpión y de la creencia ingenua de la rana en la lógica racional weberiana de medios orientados a fines nacen un asesinato y un suicidio...

¿Y Quiroga? Al regresar ya cumplida su misión, desecha la escolta que se le ofrece y otra vez (por favor, recuérdese la escena *trivial* de la batalla de Chacón) toma el camino erróneo. Toma el camino equivocado; pero ahora ya no habrá mal plagio europeo y civilizado de parte de sus atacantes emboscados; sólo error americano, romántico y bárbaro de ambas partes. Es notable: barbarie de un lado y barbarie del otro pueden con Facundo, allí donde la civilización (o la mala copia de la civilización) no había, en Chacón, podido. Porque aquí Santos Pérez, "el gaucho malo *de la ciudad*"

(subrayo esta nueva conjunción contranatura) no quiere (tal vez no puede) mal plagiar a la civilización. Simplemente, al arribar al punto fatal, los soldados balean la galera, se echan sobre ella *"y en un momento inutilizan los caballos y descuartizan al postillón, correos y asistente. Quiroga entonces asoma la cabeza y hace por el momento vacilar a aquella turba. Pregunta por el comandante de la partida, le manda acercarse, y a la cuestión de Quiroga ¿qué significa esto? recibe por consecuencia un balazo en el ojo que lo deja muerto"*. Barbarie más barbarie da barbarie.

Aquí concluye el *Facundo* en su versión de folletín. Pero pese a las advertencias en contrario de algunos de sus amigos antirrosistas, al publicar su primera edición en forma de libro, en ese mismo año de 1845, Sarmiento le agrega dos capítulos. Ellos son fundamentales porque allí incluye el retrato político-social de Rosas y presenta su programa de gobierno para ser implementado una vez derrocado el tirano.

RETRATO DE ROSAS

El asesinato de Facundo Quiroga, dice entonces Sarmiento, no es un hecho ni casual ni terminal en la lista de los sucesos que jalonan el drama argentino. Su desaparición de la escena política es el paso necesario para que finalmente Juan Manuel de Rosas imponga su dominio total sobre Buenos Aires mediante la obtención de la suma del poder público.

Nuevamente el texto pone en funcionamiento el dispositivo entre científico y providencialista que pretende proteger a los hechos históricos de la arbitrariedad y el azar. El mal argentino –viene a decir– no está en los hombres sino en estructuras más profundas que los gobiernan. No basta por ello con eliminar la personificación, sino que es preciso cambiar el molde del cual ella surge. Ése fue el funesto error de Lavalle al fusilar a Dorrego, ya que *"no sabía por entonces que matando el cuerpo no se mata el alma, y que los personajes políticos traen su carácter y su existencia del fondo de ideas, intereses y fines del partido que representan"*.

Y no se piense que en este pasaje utiliza esta visión sólo para exculpar a Lavalle de su crimen atribuyéndolo a la fuerza de

la providencia, puesto que idéntico esquema utilizará para caracterizar el despotismo rosista. Más aún. Suelen pasarse por alto las funciones positivas que Sarmiento le atribuye a Rosas. Porque allí donde "el vulgo no ha visto en la muerte de Quiroga más que un crimen horrible", la historia verá otra cosa: *"la fusión de la República en una unidad compacta; el hecho que constituye a Rosas jefe del gobierno unitario absoluto que desde aquel día y por aquel acto se constituye en la República Argentina"*. Muertos los caudillos (López, los Reinafé, Facundo), Rosas se apodera de las provincias mediante dádivas personales, cartas amistosas y algunos gastos del erario. Es cierto que, junto con ello, *"la revolución de 1810 queda por este decreto derogada"*.

El joven Alberdi había escrito en el *Fragmento preliminar al estudio del derecho*, de 1837, que Rosas no era un déspota que descansara sobre bayonetas mercenarias, sino sobre el corazón del pueblo argentino. Casi diez años más tarde, Sarmiento persiste en esa coincidencia con su hermano-enemigo, coincidencia que en rigor fue la de buena parte de la Generación del '37: el régimen rosista no es fruto solamente del terror, sino que se funda igualmente en el consenso. *"Y debo decirlo en obsequio de la verdad* –leemos en *Facundo*–, *nunca hubo gobierno más popular, más deseado ni más bien sostenido por la opinión"*, puesto que, ante la indiferencia de los unitarios y el desdén de algunos federales, *"los ciudadanos pacíficos lo esperaban como una bendición y un término a las crueles oscilaciones de dos largos años"*. Éste, dice, es un momento fatal en la historia de los pueblos, cuando, fatigados de luchar, prefieren la tranquilidad a la libertad.

De allí en más, el terror de la policía federal llamada Mazorca hará el resto, guiada por la consigna *"El que no está conmigo es mi enemigo"*. En definitiva, Rosas acostumbrará a los porteños a obedecer, y simbólicamente se impondrá sobre la sociedad la uniformidad del color rojo como divisa general.

En esta evaluación la mirada de Sarmiento sobre Buenos Aires muestra ambigüedades. Si bien a lo largo del ensayo hemos visto su rol de foco civilizador y receptáculo de virtudes, y "tan poderosa en elementos de civilización europea que concluirá al fin con educar a Rosas y contener sus instintos sanguinarios y bárbaros", hay de todos modos una fisura que no se sutura en el razonamiento del *Facundo*: ¿cómo la ciudad de las Luces, abierta a las influencias europeas, ha resultado al fin domesticada por el déspota?

En esos momentos emerge en el texto una perspectiva provincianista que identifica a Buenos Aires con el puerto, la aduana y los mezquinos intereses mercantiles. La ciudad se rinde así ante Rosas a *"las sugestiones de porteño ignorante que posee el puerto y la aduana general de la República, sin cuidarse de desenvolver la civilización y la riqueza de toda esa nación para que su puerto esté lleno de buques cargados de productos del interior y su aduana de mercaderías"*. Tucumán padece entre otras la acción de "esa ingrata y torpe Buenos Aires, desde donde le viene hoy el movimiento barbarizador impreso por el gaucho de la marca colorada". Y nuevamente, los símbolos cuentan: el régimen rosista extirpa el frac y hace guerra a las patillas, a la forma del cuello del chaleco, y los sustituye por el pantalón ancho y suelto, el chaleco colorado, la chaqueta corta, el poncho...

De tal manera, mediante el consenso, el terror, la concesión a los intereses portuarios y el endiosamiento de su figura, Rosas obtendrá esa personalización del poder del único modo posible en una república que por definición no acepta reyes. En las terminales de ese sistemático recorrido hacia la acumulación de un poder despótico, *"he aquí pues la República unitarizada, sometida toda ella al arbitrio de Rosas; la antigua cuestión de los partidos de ciudad desnaturalizada; cambiado el sentido de las palabras e introducido el régimen de la estancia de ganados en la*

administración de la República más guerrera, más entusiasta por la libertad y que más sacrificios hizo para conseguirla".

En el plano de las relaciones exteriores, la desavenencia y posterior enfrentamiento con Francia fue la ocasión aprovechada magistralmente por el Restaurador de la Leyes para erigirse en campeón de la independencia americana, y como tal ha alcanzado la mayor fama sobre la Tierra. De tal manera, los hechos terminaron tristemente por mostrar que sólo Rosas pudo forzar a Europa a intervenir en las cuestiones de este lado del Atlántico. El americanismo así estimulado –lamenta Sarmiento– es aquello que excita todo cuanto de bárbaro subsiste en estas tierras y todo lo que la separa de la Europa culta.

En este punto podría suponerse que nuestro autor está describiendo una suerte de dialéctica involutiva, en la cual no se produce un resultado superador que incluya los mejores elementos de las dos fuerzas en conflicto. Ya que parece concluir que en dicha antítesis la barbarie termina arrasando a la civilización. Y sin embargo, habrá que ir más despacio, porque el razonamiento se complejiza cuando registramos que esa misma barbarie segrega otro fenómeno que Facundo contenía virtualmente pero que requería de algo que provee Rosas para producir el despotismo. ¿Cuál es ese *plus* que agrega el Restaurador al impulso ciego y puramente destructivo de Facundo? Para exponerlo Sarmiento cierra el perfil y completa el significado de la figura de Rosas utilizando la biografía de Quiroga que ha construido en las numerosas páginas anteriores.

En principio se advierte que Rosas no ha inventado nada cualitativamente novedoso, y que "su talento ha consistido sólo en plagiar a sus antecesores". Pero se agrega que a lo ya existente le ha sumado un carácter, una modalidad, que otra vez hará entrar en estado de fricción el razonamiento sarmientino. Puesto que a lo plagiado le ha agregado el hecho de "hacer de los instintos brutales de las masas ignorantes un sistema meditado y coordinado fríamente".

Ahora, si a estos caracteres de *sistematicidad* y de *frialdad* les agregamos el de *hibridación* o *hibridez*, tendremos un triángulo interpretativo en cuyo interior se puede comprender un aspecto esencial del significado que el *Facundo* le atribuye al Restaurador en la política nacional. Veámoslo.

Primero, algunos fragmentos donde se marca la diferencia al respecto entre ambos caudillos. Por un lado, *"Facundo no es cruel, no es sanguinario; es un bárbaro, no más, que no sabe contener sus pasiones, que una vez excitadas no conocen freno ni medida"*. Esas pasiones excitadas lo arrastran hacia la ira. Facundo se enfurece. Asimismo, el riojano es "una alma poderosa pero incapaz de abrazar una grande esfera de ideas". Por eso, en el ámbito de gobierno, no puede crear un sistema de rentas, y en el militar, no soporta "una táctica que regla los pasos". Por él, *"nada se establece"*.

En cambio, *"Rosas no se enfurece nunca, calcula en la quietud y el recogimiento de su gabinete, y desde allí salen las órdenes a sus sicarios"*. Por eso cuando describe al Restaurador dice que Quiroga vive en Rosas, pero su alma ha trasmigrado "a este otro molde más acabado, más perfecto", y lo que en Facundo era solamente instintivo se convirtió en Rosas en sistema.

Hay ejemplos, en cambio, de gestos de Facundo ayudando o perdonando porque sí a sus enemigos, ejemplos de los que Sarmiento se vale para afirmar que el alma de Facundo no estaba del todo cerrada a las nobles inspiraciones. Refiriéndose a ese rasgo se pregunta retóricamente: "¿Por qué no ha de hacer bien el que no tiene freno que contenga sus pasiones?". Y, significativamente, aquello que en Facundo posibilita este pasaje del mal al bien no es la razón (que siempre es lógica y coherente) sino la pasión (romántica, podríamos agregar) que arrastra a los hombres de narices adonde se le ocurre, incluso al bien.

Entonces, las citas están ahí, recortando la contraposición cálculo/espontaneidad; frialdad/pasión. Y es aquí, por tanto, en

este punto preciso, donde las tensiones entre el alma ilustrada de Sarmiento y su alma romántica vuelven a estallar. Puesto que el par cálculo-frialdad es atributo de la racionalidad, y los otros dos (espontaneidad y pasión) pertenecen al diccionario del romanticismo. Y precisamente la racionalidad que Rosas introduce en el proceso es lo que violenta la valoración romántica del instinto y la pasión facúndicos.

De manera que el alma romántica de Sarmiento simpatiza con Facundo y su alma moderna o civilizada se sentirá atraída por Rosas. De allí que las valoraciones sobre uno y otro varíen asimismo de acuerdo con el registro en el cual se coloca el discurso. Así, veamos la siguiente y contundente cita donde se condensa la contraposición entre ambos caudillos: *"Facundo, provinciano, bárbaro, valiente, audaz, fue remplazado por Rosas, hijo de la culta Buenos Aires sin serlo él; por Rosas falso, corazón helado, espíritu calculador, que hace el mal sin pasión y organiza lentamente el despotismo con toda la inteligencia de un Maquiavelo"*.

Es claro que en estos juicios yace una valoración inferior de Rosas frente a Facundo, inferiorización que puede ser entendida fácilmente a partir de la referencia del comienzo, allí donde recordamos que Rousseau escribió que no hay peor cosa que el hombre que medita. Las simpatías románticas de Sarmiento están en este nivel de parte del puro instinto de Facundo frente al cálculo frío de Rosas. El caudillo riojano obra por puro impulso, es incapaz de abarcar en un sistema articulado de ideas un panorama político; por ello cuando triunfa militarmente en un territorio allí no puede construir nada y sigue su camino en busca de nuevos combates hasta que se estrella con la muerte. Su falta de racionalidad le impide ver sus límites, sus fallas inexorables que derivan de su carácter puramente instintivo.

Pero, otra vez, el problema es que el libro llamado *Facundo* está escrito en favor de la civilización, de la modernidad, y por ende

en pro de una lógica de la acción social racional, que es lo que hace, fríamente, Rosas.

En suma, el moderno civilizado calcula, hace cuentas, prevé, pre-ve, ve antes. Retornando a Passeron, a la actitud objetivamente suicida y asesina del escorpión se le contrapone la de Ulises frente a las sirenas en *La Odisea*. En efecto, Ulises sí sabe el Ulises *que se viene* cuando pase frente a la isla de las sirenas, y entonces el actual se precave racionalmente del Ulises por venir: se ata al mástil y tapona sus oídos con cera para no escuchar el canto de las sirenas que es tan seductor como mortal.

Y en efecto, Sarmiento no deja de alabar ciertas consecuencias de orden y razón en el régimen rosista. Así, en su estancia de ganados, don Juan Manuel ha implementado un eficaz y severo sistema de administración merced a "la disciplina de hierro que introduce en sus estancias". Es esta disciplina la que ha logrado que los gauchos abandonen algunos de sus improductivos hábitos precisamente gauchos, como aquel de anteponer la persecución de avestruces a cualquier otra actividad, así fuere la de buscar un médico para auxiliar a su madre...

Con su consigna de "la autoridad ante todo", Rosas ha logrado "domar" a la ciudad. A diferencia de Facundo, es un hombre de orden: respeta la propiedad allí donde Quiroga la violaba. "Esto es laudable sin duda", comenta Sarmiento. Y sobre todas las cosas, allí donde Facundo abandonaba el territorio conquistado para marchar ciegamente en busca de nuevas conquistas, allí donde Facundo no construye, no consolida nada, Rosas al fin ha logrado nada menos que la unificación del país. Como Moisés, como Licurgo –son las comparaciones hiperbólicas de Sarmiento–, Rosas ha terminado con la anarquía; ha centralizado el poder; ha implantado el inestimable valor del orden en una nación anarquizada.

Todo esto es lo que permite comprender cabalmente por qué Sarmiento sostiene que Rosas es un híbrido. Tempranamente en

el texto se había afirmado que el Restaurador perfeccionó "el tipo de los caudillos de las campañas que han logrado al fin sofocar la civilización de las ciudades", y que en ese decurso se convirtió a sí mismo en un ser relativamente monstruoso, en una conjunción de naturalezas opuestas, en una mezcla de términos que se combaten entre sí, ya sea al figurarlo como *"el Esfinge argentino, mitad mujer por lo cobarde y mitad tigre por lo sanguinario"* o como un híbrido en oxímoron: *"el legislador de la civilización tártara"*.

Es curioso: la palabra "híbrido" proviene del griego *hybris*, donde significa que se ha mezclado o juntado lo que no debía juntarse (por ejemplo, otra vez como en Edipo, un hijo con su madre en el lecho conyugal). Pero en el *Facundo* es sobre esa mezcla de elementos heterogéneos que Rosas podrá construir su hegemonía, su poder, e imponer el orden, aunque sea un orden autoritario.

Puesto que en Rosas hay una parte de barbarie gaucha –dice Sarmiento– ya que siendo estanciero ha desarrollado destrezas criollas. ¿Recuerda el lector la figura del baqueano, aquel que sabía lo que los civilizados ignoraban? Y bien: en el mismo párrafo en que describe al baqueano, el *Facundo* nos revela que "el general Rosas, dicen, conoce por el gusto el pasto de cada estancia del sud de Buenos Aires". Don Juan Manuel es además –y esto es un elogio elevado– "el primer jinete de la tierra". En otro orden, también contiene elementos dionisíacos, diríamos, y padece, nada menos que como Byron y Napoleón, de "un exceso de vida".

Entonces podríamos decir que en lugar de la síntesis entre civilización y barbarie, Rosas es una barbarie contaminada por la civilización. Pero esta contaminación es lo que le permite establecer el orden, y Sarmiento aquí parece considerar que cualquier orden es preferible al caos.

En el fondo de estos reconocimientos al déspota enemigo, lo que vive en Sarmiento es un optimismo incondicional sobre el destino argentino, que se apoya a su vez en dos pilares: el

providencialismo y el mito fundacional de la grandeza argentina. Ambos configuran una estructura de creencia profunda que le evita caer en el derrotismo.

En páginas anteriores había considerado con orgullo que Buenos Aires era la menos española de las regiones hispanoamericanas. Incluso cuando se decía que la República Argentina realizaría lo que la Francia republicana no había podido, se pregunta: *"¿y qué otra cosa había de suceder en un pueblo que en sólo catorce años había escarmentado a la Inglaterra, correteado la mitad del continente, equipado diez ejércitos, dado cien batallas campales, vencido en todas partes, mezclándose en todos los acontecimientos, violado todas las tradiciones, ensayado todas las teorías, aventurándolo todo y salido bien en todo; que vivía, se enriquecía, se civilizaba?"*.

En cuanto al providencialismo se trata posiblemente de una noción religiosa secularizada por las filosofías de la historia desde Giambattista Vico hasta Johann Herder, autores ambos del siglo XVIII que fueron conocidos por Sarmiento directamente o a través de autores e historiadores franceses.

Vico precisamente, en su clásica obra *La ciencia nueva,* había sostenido que la historia, lejos de ser accidental, respondía a un diseño, con lo cual la historiografía se convertía en "teología civil razonada de la providencia divina". Todas esas obras extenderán su gravitación hacia el siglo XIX y alentarán la confianza muy decimonónica en el curso inexorable del progreso. Esta confianza providencialista será designada en la obra de Hegel como "astucia de la razón"; astucia que utiliza a los seres humanos haciéndoles creer que satisfacen sus propios deseos individuales cuando en rigor están siguiendo los fines de la historia o del espíritu universal. Y en la extensión de esta creencia a términos y prácticas políticas concretas, en Sarmiento vive la creencia de que el proto-Estado, la máquina del Estado en formación bajo el rosismo,

podrá ser apropiada por los amigos de la civilización para dirigirla hacia los fines del proyecto civilizatorio.

Este providencialismo aparecerá en *Facundo* también de modo problemático, y esta problematicidad puede ubicarse en las tensiones abiertas entre "el científico y el político", o entre la lógica del intelectual y la del político. Puesto que, en tanto texto político, el *Facundo* es normativo al proclamar una y otra vez que *"es preciso superar la barbarie"*. Pero también posee momentos "científicos" en los que describe las causas inexorables por las cuales Rosas ha llegado al poder. Esta tensión entre el científico (que busca causas inscriptas en la naturaleza de las cosas) y el político (que postula la capacidad de la voluntad para transformar la realidad) explota en un pasaje del libro cuando Sarmiento se pregunta: *"¿Para qué os obstináis en combatirlo [a Rosas], si es fatal, forzoso, natural y lógico?"*. Precisamente aquí, en este punto doloroso, el providencialismo acude en ayuda del político y se convierte en una fuente de esperanza y de resistencia: *"Es ley de la humanidad* –leemos en *Facundo*– *que los intereses nuevos, las ideas fecundas, el progreso, triunfen al fin de las tradiciones envejecidas, de los hábitos ignorantes y de las preocupaciones estacionarias"*.

Si tengo de mi lado las leyes de la historia las derrotas son pasajeras: se ha perdido una batalla, pero se ganará la guerra. Y esa providencia ha operado para que el mismo Rosas, independientemente de sus deseos, haya realizado acciones por las cuales en la República Argentina no todo es vacío, desierto, sino que hay un comienzo de institucionalidad política imprescindible para la construcción de una nación.

En síntesis, en *Facundo* encontramos la idea de que Rosas ha hecho el bien sin quererlo ni saberlo, y de que siguiendo sus propios objetivos ha obtenido frutos valorables aun para sus enemigos. Después de todo, el capítulo XIV, dedicado a Rosas, lleva por título *Gobierno unitario*, ya que el orden que el Restaurador

introduce realiza al fin de cuentas el objetivo de los rivadavianos en cuanto a la unificación de la nación.

Pero además, la *performance* de Rosas contiene otros logros que parecen halagar el sentimiento patriótico de Sarmiento. Así, escribe, la resistencia armada ante Francia *"ha probado, se decía por toda la América y aún se dice hoy, que la Europa es demasiado débil para conquistar un Estado americano que quiere sostener sus derechos"*. La política rosista reveló la supina ignorancia europea sobre las cuestiones americanas. A Rosas *"debe la República Argentina en estos últimos años haber llenado de su nombre, de sus luchas y de la discusión de sus intereses el mundo civilizado"*. Ha llamado también la atención de los sabios europeos (y éste no es para Sarmiento un dato menor), así como ha forzado a sus políticos a tenerla en cuenta.

En el plano interno la acción de Rosas ha resultado igualmente beneficiosa para los intereses nacionales. Ya que junto con las atrocidades del terror, el Restaurador "ha conseguido hacer progresar la República que despedaza". Y si esto es así no se debe a su voluntad personal, sino al empuje de la providencia, de la cual él mismo es *"un grande y poderoso instrumento que realiza todo lo que al porvenir de la patria interesa"*. Y de aquí en más se despliega un listado de esos beneficios, a veces opuestos a las propias proclamas y aun intenciones de Rosas.

Ellos son, entre otros, haber extinguido el federalismo y realizado el sistema unitario, sólo que en provecho propio. El ataque del régimen contra los extranjeros hace que éstos tomen parte en favor de la civilización. Incluso, los gauchos, la plebe y los compadritos serán devorados por su función en los ejércitos del déspota, y con ello la población será crecientemente extranjera... *"Tanta carne humana necesita el americanismo que al cabo la población americana se agota."* He aquí entonces que "la población argentina desaparece y la extranjera ocupa su lugar en medio de los gritos

de la Mazorca y de la *Gaceta*: *¡Mueran los extranjeros!*, como la unidad se realiza gritando *¡Mueran los unitarios!*, como la Federación ha muerto gritando *¡Viva la Federación!"*.

Las guerras civiles han cruzado las poblaciones del campo y la ciudad, promoviendo así el efecto no querido pero saludable del mutuo conocimiento y la unión íntima. De tal modo *"se han hecho ciudadanos los gauchos y simpatizado con la causa de las ciudades"*. Y todo esto conspira contra el propio Rosas. Él mismo produce sus propios antagonistas. Ya los gauchos de algunas provincias despobladas corretean los llanos y la pampa en sostén de los enemigos de Rosas...

Otro beneficio no querido por el déspota es que los jóvenes estudiosos que ha empujado al exilio han viajado por Europa y América aprendiendo las artes del derecho y del gobierno, "y traen un tesoro inmenso de conocimientos prácticos, de experiencia, y datos preciosos que pondrán un día al servicio de la patria". Y súbitamente en el texto se nos dice que hasta la mazorca tiene virtudes (como escribe Sarmiento que lo mostró al salvar vidas de los enemigos del régimen).

En definitiva, concluirá el *Facundo*, la carencia del entero proceso político argentino es clara: es preciso sumar la inteligencia a la espada. Para cuando ese día anhelado de la caída del déspota finalmente llegue, Sarmiento tiene listo un plan.

PROGRAMA DE GOBIERNO

El plan de gobierno para la República Argentina, que ofrece en el último capítulo del *Facundo*, es aquel que quita y vuelve a poner según la situación política. Ingresemos entonces en la recta final de nuestro texto comenzando por sintetizar la propuesta en los siguientes puntos: inmigración; libre navegación de los ríos; nacionalización de las rentas de aduana; libertad de prensa y de opinión; educación pública; fomento del comercio interior y la industria; vías de comunicación en toda la extensión de la república; poblamiento del interior desierto; gobierno representativo; religión como elemento de moralización pública; respeto de la vida (seguridad) y propiedad privada; por fin, un llamamiento que es la autopostulación de una candidatura: "la inteligencia, el talento y el saber serán llamados de nuevo a dirigir los destinos públicos como en todos los países civilizados". Porque *"si un día los poderes intelectuales han de tener parte en la dirección de los negocios de la República Argentina, muchos y muy completos instrumentos hallará en esta escogida pléyade largamente preparada por el*

talento, el estudio, los viajes, la desgracia y el espectáculo de los errores y desaciertos que han presenciado o cometido ellos mismos". En realidad, esta propuesta es más que personal. Ella involucra al entero grupo que formó parte del Salón Literario y de la Asociación de Mayo, cuyos miembros Sarmiento observa, en el momento de la escritura del *Facundo*, diseminados en el exilio por América y Europa, cuando no caídos en la lucha.

Justamente, a la hora de definir el programa, el sanjuanino no dice nada demasiado distinto de lo que había sido el proyecto ya establecido por las élites modernizadoras hasta el momento. En efecto, se trata de un programa liberal vaciado en el molde de las ideas de la Ilustración. De manera que un texto como *Facundo*, en buena medida animado por el modelo romántico, a la hora de proponer fines concluye adoptando el legado ilustrado. Es aquí donde se suele citar una definición afortunada del profesor de filosofía Coriolano Alberini, según la cual en el *Facundo* (y en general en los textos de la Generación del '37) lo que impera es "un romanticismo de medios y un iluminismo de fines". Romanticismo para entender la realidad con sus particularidades locales, pero para articular de la manera más eficaz los procedimientos destinados a obtener los objetivos y valores de la Ilustración. Ya que, en definitiva, este programa persigue fines que son valores universales. ¿Cuáles? Pues, progreso económico, social y cultural (civilización); instauración de patrones de racionalidad en la sociedad mediante la acción del Estado.

Dentro de este programa, la inmigración es estratégica y se le adjudican resultados salvíficos. Ella *"bastaría* –se lee– *por sí sola a sanar en diez años no más todas las heridas que han hecho a la patria los bandidos, desde Facundo hasta Rosas, que la han dominado"*, incluyendo un vigoroso avance hacia el sur del país. Esa inmigración será la encargada además de corregir los defectos o las incapacidades que para la civilización caracteriza a la

población nativa, compuesta por españoles e indígenas, además de remanentes de raza negra en extinción. Todas estas razas comparten algo: "su amor a la ociosidad", que explica que al contemplar las colonias alemanas o escocesas Sarmiento se embelece ante "las casitas pintadas, el frente de la casa siempre aseado, adornado de flores y arbustillos graciosos [...] y los habitantes en un movimiento y acción continuos". En cambio, el poblado nacional es su reverso: *"niños sucios y cubiertos de harapos viven con una jauría de perros; hombres tendidos por el suelo en la más completa inacción [...] y un aspecto general de barbarie y de incuria"*.

El nuevo gobierno deberá asegurar asimismo el respeto de la vida y la propiedad de los ciudadanos, junto con el restablecimiento de las formas representativas. En el plano económico, adhiere a la división internacional del trabajo, compartiendo la extendida convicción de que *"Europa nos proveerá por largos siglos de sus artefactos en cambio de nuestras materias primeras"*. En este último párrafo encontramos enunciadas por fin algunas medidas de gobierno de nítido corte liberal. Ellas conducen –para completar el espectro ideológico del *Facundo*– a preguntarnos por el carácter del liberalismo y el nacionalismo de Sarmiento en la obra analizada.

LIBERALISMO Y NACIONALISMO

En el capítulo final, titulado *Presente y porvenir*, se ofrece como plataforma ideológica general de dicho programa el *Código o Declaración de los principios que constituyen la creencia social de la República Argentina*, elaborado por Esteban Echeverría en 1839 con ocasión de la constitución de la Asociación de la Joven Generación Argentina, documento más tarde editado en Montevideo con el título célebre de *Dogma Socialista*.

Del mismo, y teniendo el acta ante sus ojos, Sarmiento reproduce la fórmula con la que se juramentaron los integrantes de dicha logia político-intelectual en aquel año en Buenos Aires: todos los hombres son iguales, libres y fraternos, debiendo proyectarse hacia el progreso de la humanidad. O sea que incluye los tres principios básicos de la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano de la Revolución Francesa: libertad, igualdad y fraternidad. Y según ha señalado Jorge Myers, a ellos les sumará algunos valores provenientes de las variantes "socialistas" del saintsimonismo recibido a través de Pierre Leroux, como la aspiración al pro-

greso, o del cristianismo humanitarista de Lammenais y su reconocimiento del cristianismo como centro de su creencia religiosa.

Estos valores universales (o al menos occidentales) son acompañados del reconocimiento de un linaje nacional que se proyecta hasta la Revolución de Mayo; la reivindicación del americanismo frente a la colonia; la necesidad de la unidad de creencias; la independencia partidaria tanto respecto de unitarios como de federales, y la "organización de la patria sobre la base democrática".

De manera que no resulta difícil detectar aquí componentes del ideario liberal, tales como la libertad de comercio y de empresa, así como del espíritu del *laissez faire*, esto es, de la consigna del liberalismo económico que proclama la necesidad de dejar el mercado librado a su propia lógica y dinámica.

En cuanto al liberalismo político, se sabe que también en Hispanoamérica convivieron la versión anglosajona del liberalismo clásico formulada por John Locke en el siglo XVII y la francesa a través de los escritos de Rousseau. Para el liberalismo el valor fundamental es la libertad, y ésta es un atributo que sólo puede predicarse del individuo. O sea, que la construcción de un ideario liberal depende estrictamente de si en una sociedad se ha dado el proceso moderno de constitución de individuos como sujetos autónomos.

Justamente, y hasta aquí llegaré, una discusión abierta es si en la Hispanoamérica del siglo XIX se dio este proceso, o si bien siguieron predominando sujetos colectivos provenientes del Antiguo Régimen (corporaciones, gremios, iglesias, linajes familiares, etc.). Si así fuere (y hay elementos para suponerlo), el liberalismo político habría estado estructuralmente limitado, y las versiones comunitaristas, holistas o populistas habrían gozado de mejores condiciones de implantación.

Además, si el liberalismo a la inglesa promueve la libertad restrictiva del individuo respecto de cualquier otro poder, y por consiguiente coloca la palanca en la sociedad civil, la versión francesa, en cambio, acentúa la libertad participativa del individuo en la cosa pública, y de ese modo se comunica con el republicanismo clásico y considera fundamental el rol del Estado como representante de la voluntad general.

Y efectivamente, esta última versión es la que podemos encontrar en Sarmiento, mediante una articulación de republicanismo clásico (participación activa del ciudadano en la cosa pública) y república liberal (derechos individuales y régimen representativo).

Esta última postulación del gobierno representativo es sostenida así en el *Facundo* como el más conveniente. Por él, los representantes deben ser elegidos por los ciudadanos. Será justamente en este punto crucial donde el liberalismo del siglo XIX se planteará la cuestión: *¿quiénes son ciudadanos?*, y se abrirán distintas respuestas al respecto.

El problema dista de ser solamente teórico, ya que se concreta en el curso de las revoluciones modernas. Esta problematicidad está asociada a un temor que de allí en más recorrerá la historia de las élites: el peligro de la "dictadura de la mayoría", lo que en términos teóricos se tradujo en la búsqueda de conciliación entre los principios revolucionarios de la libertad y la igualdad o, dicho de otro modo, entre liberalismo y democracia. Ésta es la preocupación que anima la obra del ya nombrado Tocqueville, autor admirado como sabemos por Sarmiento. Aunque en rigor no tenía por qué ir tan lejos. En el Chile en que vivía, el partido conservador, en cuyas filas formaba el propio Sarmiento, seguía fiel al legado de Diego Portales, quien había considerado explícitamente absurdo el régimen democrático en países como el suyo, donde veía a ciudadanos carentes de toda virtud. Era necesario por consiguiente centralizar el gobierno en las férreas manos de una minoría de hombres virtuosos, quienes prepararían el camino para que en un futuro imprecisable el país se abriera a la democracia política.

En otras palabras, es necesario comprender que teórica e históricamente la democracia mantendrá con el liberalismo una relación tensionada y aun conflictiva. Esto es comprensible ni bien se piensa que el liberalismo coloca como valor supremo la libertad, y la democracia el de la igualdad. Se trata entonces, ni bien se lo piense, de una relación que no va de suyo, ya que la igualdad no se deduce de la libertad ni a la inversa. De hecho, es pensable lógicamente, y ocurre históricamente, que un régimen democrático atente contra la libertad.

Coincidentemente, el Credo de la Joven Generación establecía que "la voluntad de un pueblo o de una mayoría no puede establecer un derecho atentatorio del derecho individual". De allí que dicha soberanía sólo puede ejercerla "la parte sensata y racional de la comunidad social". Mientras tanto, "la parte ignorante queda bajo la tutela y la salvaguardia de la ley dictada por el consentimiento uniforme del pueblo racional".

Asimismo, la concepción que los hermana es el modelo de una república aristocrática u oligárquica, esto es, un régimen político donde una minoría de la fuerza, del saber, de la virtud, del dinero, se autoerige en dirigencia tutelar hasta tanto considere que el pueblo esté en condiciones de elegir. A eso responderá la consigna sarmientina de "educar al soberano".

Empero, estas coincidencias del liberalismo restrictivo pueden convivir con diferencias considerables en cuanto a la estrategia adoptada para conducir a la participación política y para la construcción de una nación, como es el caso de Sarmiento en relación con Alberdi. Esas diferencias residen en el lugar que para esa transformación se les adjudique al Estado, a la sociedad y al mercado. Sarmiento colocará la palanca en el Estado y en la vida pública, mientras Alberdi lo hará en la sociedad civil y en el mercado. Se definían así dos modelos, que Natalio Botana ha llamado respectivamente la República de la virtud y la República del interés. La virtud republicana –a la que

una y otra vez apelará Sarmiento– consiste en la exigencia de ceder una porción de la energía privada y egoísta del individuo en favor del bien público, de la cosa pública, de la *res publica*.

Por ello, vemos en efecto que al plantear la utopía de una nación progresista y engrandecida por el aporte inmigratorio europeo, Sarmiento enuncia en *Facundo* un rol central del Estado. Un solo ejemplo: cuando la inmigración industriosa de Europa se dirija en masa al Río de la Plata, *"el nuevo gobierno se encargará de distribuirla por las provincias: los ingenieros de la República irán a trazar en todos los puntos convenientes los planos de las ciudades y villas que deberán construir para su residencia, y terrenos feraces les serán adjudicados, y en diez años quedarán todas las márgenes de los ríos cubiertas de ciudades y la República doblará su población con vecinos activos, morales e industriosos"*. Y concluye: *"Éstas no son quimeras, pues basta quererlo y que haya un gobierno menos brutal que el presente para conseguirlo"*.

Éstas son marcas del liberalismo y del republicanismo de Sarmiento en *Facundo*. Para cerrar el círculo de sus adscripciones ideológicas, resta aquella concepción que ha sido una de las grandes construcciones simbólicas e institucionales de la modernidad: el nacionalismo.

Por esa noción aludimos a una concepción que coloca como sujeto histórico, identitario y legitimador al Estado-nación, y que fue en todas partes del mundo una ideología fundamental del siglo XIX, a la que también apelarán las élites hispanoamericanas. Aquí es interesante observar que esta concepción choca teóricamente con el liberalismo, en la medida en que para éste nada puede haber por encima de la libertad del individuo, mientras que el nacionalismo coloca a la nación como entidad superior a la cual debe subordinarse inclusive el individuo. El caso crucial es la guerra, donde el Estado-nación reclama de sus ciudadanos que entreguen su bien más preciado, la vida.

Pero en el interior de ese ideario, en esa época de la "invención de las naciones" surgieron dos versiones nacionalistas. En el debate formaron de un lado quienes propugnaron el nacionalismo llamado político o constitucionalista y del otro los adherentes al nacionalismo culturalista. El primero imaginó el lazo nacional (es decir, aquello que oficia como instituyente del vínculo identitario y legitimador de lo social) como la adhesión a la Constitución de un país en tanto código que establece las leyes fundamentales que regulan los derechos naturales y por ende universales, tales como la libertad, la propiedad, la seguridad, etcétera.

El nacionalismo cultural, en cambio, de raíz romántica, predicó la consigna *una nación = una cultura*. Ser argentino implicaría por cierto estar dentro de los marcos de las leyes nacionales, pero además y de modo marcado estar imbuido, penetrado, de una *cultura nacional*.

De manera que a la pregunta *¿qué es ser argentino?*, el primero respondía: "aceptar y respetar la constitución de la República", estableciendo entonces con los demás ciudadanos un vínculo de carácter político. Mientras que el nacionalismo culturalista agregaba: "compartir usos y costumbres, la misma lengua, una literatura, un mismo folklore y hasta un mismo tipo nacional" (que Sarmiento no podía entonces imaginar que terminaría siendo nada menos que el gaucho). Progresivamente, a esos caracteres se les sumarían, entre otros, dotarse de un panteón compartido de padres fundadores o héroes de la patria y una versión igualmente compartida de los hechos del pasado.

Siguiendo estos clivajes, en Argentina la élite se dividiría entre quienes postularon una identidad de mezcla cosmopolita y los que la filiaron en un pasado y un tipo criollos. En casi ninguna de ellas se pensó seriamente en que los pueblos aborígenes fueran un material incorporable a la nacionalidad argentina.

En *Facundo* lo que puede extraerse de aquí y de allá (dado que no es un tema expresamente considerado en el libro) es que Sarmiento adhiere al nacionalismo constitucionalista o político. Éste resulta más acorde con el liberalismo y fundado doctrinariamente sobre la idea de un hombre universal –que en rigor es el "hombre liberal"–, definido por la posesión de ciertas potencias y derechos inalienables: racionalidad, libertad, propiedad, seguridad, etcétera. Cuando Sarmiento piensa en lo que debe ser la República Argentina, piensa entonces en un espacio sobre el cual se puedan desarrollar estos valores que son valores universales –es decir, que no son patrimonio exclusivo de los argentinos–, valores que es necesario incorporar como criterio de constitución de una nación moderna. Es decir, que ser argentino es formar parte de la modernidad, a la cual se llamaba "civilización", y la civilización es todo aquel espacio donde imperan los valores anteriormente mencionados.

En este aspecto Sarmiento se acerca al Alberdi que proclamará en las *Bases* que *"la Patria no es el suelo; la Patria es la libertad, es el orden, la riqueza, la civilización, organizados en el suelo nativo. Pues bien: esto se nos ha traído por Europa. Europa, pues, nos ha traído la Patria"*. La Argentina de tal manera imaginada es un territorio sobre el cual deben instalarse los valores de la civilización, que no son valores idiosincráticos, específicos de una nación, sino de alcance universal, como los señalados de libertad, igualdad, fraternidad, propiedad. En suma, valores republicanos y liberales.

Ese fondo de creencia es el utilizado en los extremos para justificar el apoyo brindado por la Joven Generación a la intervención francesa en la campaña contra Rosas. Porque, argumenta el *Facundo*, cuando aquellos valores son desconocidos y violados, es legítimo apelar al auxilio de otra nación con la cual existe una hermandad de principios; hermandad de principios que es superior a

la solidaridad territorial y estrechamente nacionalista. Además (y éste es el punto decisivo), Sarmiento cuestiona severamente a "los unitarios más eminentes" porque estaban "demasiado preocupados de esa idea de la nacionalidad, que es el patrimonio del hombre de la tribu salvaje, y que le hace mirar con horror al extranjero". En cambio, la juventud, *"impregnada de las ideas civilizadoras de la literatura europea, iba a buscar en los europeos enemigos de Rosas sus antecesores, sus padres, sus modelos, apoyo contra la América tal como la presentaba Rosas, bárbara como el Asia, despótica y sanguinaria como la Turquía, persiguiendo y despreciando la inteligencia como el mahometismo"*. En suma, entonces *"se asociaron la Francia y la República Argentina europea para derrocar el monstruo del americanismo hijo de la pampa"*.

Más allá de estas afirmaciones que tienen referencias doctrinarias, existe en Sarmiento también una estructura de creencias y expectativas sobre el lugar de la nación argentina en el escenario hispanoamericano y en el mundo. E indudablemente, el sanjuanino está imbuido de la sólida creencia en la *excepcionalidad argentina*, traducida tempranamente en la convicción (que Simón Bolívar había recogido críticamente ya en 1829) de que en esta parte de Hispanoamérica se está llevando a cabo un experimento original destinado a imprimir su nombre entre las naciones más relevantes de la Tierra.

Esta creencia mitológica en la grandeza y la excepcionalidad argentina definirá un rasgo muy perdurable en el imaginario de nuestra cultura, tanto en el campo de los intelectuales como en sectores más amplios. Leemos en nuestro libro: *"La República Argentina tiene por fortuna tanta riqueza que explotar, tanta novedad con que atraer los espíritus después de un gobierno como el de Rosas, que sería imposible turbar la tranquilidad necesaria para los nuevos fines. Cuando haya un gobierno culto y ocupado de los intereses de la nación, ¡qué de empresas, qué de movimiento industrial!"*.

Mas no sólo en el aspecto material Argentina sobresale. También por su juventud intelectual, que Rosas ha obligado al exilio, y que al retornar traerá "un tesoro inmenso de conocimientos prácticos, de experiencia y datos preciosos que pondrá un día al servicio de la patria". Sin ir más lejos, "en cuanto a literatura, la República Argentina es hoy mil veces más rica que lo fue jamás en escritores capaces de ilustrar a un Estado americano".

Y el clima, por cierto, el clima, que viene a verificar que Argentina tiene una suerte de pacto con Dios. Dado que el flujo inmigratorio europeo ya no se dirige a Estados Unidos por la saturación poblacional de este país, y tampoco puede hacerlo hacia México, "cuyas costas malsanas los rechazan". *"Tienen pues que recalar al Río de la Plata, cuyo clima suave, fertilidad de la tierra y abundancia de medios de subsistir los atrae y fija."*

Todo garantiza pues ante la optimista mirada sarmientina que *"en veinte años sucederá lo que en Norte América ha sucedido en igual tiempo que se han levantado como por encanto ciudades, provincias y estados en los desiertos en que poco antes pacían manadas de bisontes salvajes; porque la República Argentina se halla hoy en la situación del senado romano que por un decreto mandaba levantar de una vez quinientas ciudades y las ciudades se levantaban a su voz"*.

Como conclusión finalísima, queda la convicción de que la revolución de la República Argentina está ya terminada, y que el prodigioso y envidiable progreso que le está destinado sólo se halla bloqueado por el execrable tirano. Pero ya vendrá la espada que pueda cortar por fin esa carrera despótica. Con esa esperanza y esa invocación a la estrella en ascenso del cielo antirrosista se cierra por fin el *Facundo*: *"¡Proteja Dios tus armas, honrado general Paz! Si salvas la República, nunca hubo gloria como la tuya. Si sucumbes, ninguna maldición te seguirá a la tumba. Los pueblos se asociarán a tu causa o deplorarán más tarde su ceguedad o su envilecimiento"*.

RECEPCIÓN DE LA OBRA

Hemos concluido con el contenido del *Facundo*. Resta una última pregunta: ¿qué repercusiones tuvo, qué reconocimientos alcanzó? Esta cuestión puede sumarse a la serie de interrogantes enunciados al principio (quién habla, qué dice, cómo lo dice), y preguntarnos *para quién habla, para quién escribe*.

Esto es lo mismo que interrogarse por el *público* al que está dirigido el texto del *Facundo*, y nuevamente hay que tener en cuenta que se trata de dos tipos de público: uno virtual y otro real. El virtual es aquel que el autor (por no decir el libro) tiene *in mente* al escribir, y el otro es el que realmente lee su obra.

En cuanto al público virtual (aquel que el escritor, digamos, tiene imaginariamente mirándolo sobre el hombro mientras escribe), a ése tenemos que buscarlo en el texto, para encontrar allí elementos del léxico, marcas, guiños, pactos de lectura, un estilo, unas citas, unos sobreentendidos, que nos brinden pistas para componer ese público virtual que el escritor supone. Porque para

ser leído y comprendido, un texto tiene que contar con una comunidad de sentido previamente estructurada (por eso los distintos diarios o periódicos utilizan diversos lenguajes, por ejemplo).

En este aspecto, podemos sostener que el *Facundo* fue escrito para los pares, para el mundo político e intelectual de las clases dirigentes chilena y argentina, pero también (hay marcas de esta pretensión en el libro) fue escrito para presentar la realidad americana ante el público europeo. De hecho, Sarmiento tiene como modelo explícito la ya citada obra de Tocqueville. Y no sólo porque allí este noble francés describe el fenómeno de la democracia "bajo una especie de terror religioso" y que avanza incontenible desparramando "la nivelación universal", sino porque queda también admirado ante un animal político (el "animal igualitarista") que no encuentra en la zoología europea.

Para las coordenadas románticas de Sarmiento este modelo debía resultar estimable, ya que en el *Facundo* se trataba de mostrar a la inteligencia guía de Europa una realidad específica, idiosincrática, única, que es la realidad americana. Una realidad para la cual no alcanza el diccionario europeo, y que debe por ende apelar a otras figuras para dar cuenta de la misma en su especificidad irreductible. Porque así como allí se nos dice que el puma no es un león subdesarrollado sino *otra* especie, así la América antes española tiene sus particularidades que Sarmiento pretende traducir para la admirada cultura europea. Por fin, no será casual que en su viaje iniciático a Europa (emprendido en diciembre de ese mismo año de 1845), el sanjuanino lleve bajo el brazo, como tarjeta de presentación, precisamente el *Facundo*.

Ahora bien, estos públicos a los que estaba dirigida la obra, ¿cómo la leyeron? Para responder a esta cuestión podemos recurrir a algunos testimonios y comentarios de la época.

El folletín presenta su última entrega el 21 de junio de 1845. En cuanto a la recepción chilena, es preciso recordar que Sarmiento

lo ha publicado en *El Progreso*, periódico de Bulnes y Montt, dos políticos prominentes del partido conservador y presidentes a su turno de la República de Chile, con quienes se había alineado Sarmiento. De manera que también su recepción chilena estuvo inexorablemente marcada por la política.

Aun así, en el mismo periódico *El Progreso*, el argentino Carlos Tejedor publicó en julio una recensión donde calificaba al *Facundo* de "interesante obrita". Y si bien luego incluyó un comentario elogioso pronosticándole un destino trascendente en Argentina, no dejó de señalar sus desavenencias ante las descripciones de Buenos Aires que herían evidentemente su orgullo porteño.

Tres meses después, otro diario, *El Tiempo* de Santiago de Chile, lamentaba "el silencio con que se ha dejado pasar la aparición de este folleto".

El 29 de septiembre Juan María Gutiérrez, otro miembro destacado de la Joven Generación residente en Chile, le envía una carta a Echeverría donde le dice: "En el *Facundo*, libro escrito por un sanjuanino, Sarmiento, y que le remito por este mismo conducto, verá usted sus versos citados". Por esto, no parece ser Sarmiento un personaje muy conocido, y el libro es remitido al líder de la Joven Generación más porque allí está citado que por lo que Gutiérrez podría considerar méritos de la obra misma.

Sin embargo, a pedido expreso de Sarmiento, el mismo Gutiérrez había publicado un comentario muy elogioso en *El Mercurio* de Chile, donde colocaba el *Facundo* a la altura de *La Odisea*. Lo cual no obsta a que en cartas privadas diga exactamente lo contrario. En una a Alberdi del 5 de agosto leemos: "Lo que dije sobre el *Facundo* en *El Mercurio*, no lo siento, escribí antes de leer el libro: estoy convencido de que hará mal efecto en la República Argentina, y que todo hombre sensato verá en él una caricatura". ¿Qué es lo que le disgusta a Gutiérrez? Que la República Argentina no es la charca de sangre que encuentra en el libro de Sarmiento;

que "Buenos Aires ha admirado al mundo", sólo que el sanjuanino únicamente conoce "uno de los patios interiores de ese magnífico palacio donde hemos nacido por fortuna".

Igualmente, de modo público Echeverría realiza un comentario elogioso, pero otra vez en una carta a Alberdi le dice no ver en él más que "lucubraciones fantásticas, descripciones y raudal de cháchara infecunda".

Otra recepción es crítica y está a cargo de un miembro prestigioso del exilio antirrosista: Valentín Alsina, el que en una larguísima carta le señala una serie de errores: la pampa que describe no es la pampa realmente existente; Sarmiento no conoce a los gauchos y subestima a la Argentina; ha cometido errores empíricos ("En tal batalla es falso que ocurriera tal y cual cosa", etc.), y le recomienda que no saque la segunda edición antes de verlos y estudiarlos, para que no se reedite "con muchos errores y falsedades". Sarmiento lee esta crítica. La agradece. Expresa que la tendrá en cuenta. Y la guarda "para tiempos mejores" que, por lo demás, nunca llegarán, ya que en sucesivas ediciones no corrige ni una coma, aunque –eso sí– dedica a Alsina la próxima reedición del *Facundo*...

Tampoco recluta la adhesión de Florencio Varela, otra figura notable del antirrosismo. Sarmiento le responde irónicamente diciendo que entiende que le guste más la biografía de Aldao, porque allí "describo prados floridos y campiñas corridas por liebres".

Conocemos asimismo el rechazo de Urquiza, protestando contra el papel protagónico que Sarmiento se atribuye a sí mismo en la lucha contra Rosas por su papel en la prensa opositora. "Ha muchos años –le responde el futuro vencedor de Caseros– que las prensas chillan en Chile y en otra parte, y hasta ahora don Juan Manuel de Rosas no se ha asustado".

Ni hablar de sus desencuentros permanentes con Alberdi, que llegarán hasta las páginas de *Facundo y su biógrafo*, que, publi-

cadas en los *Escritos póstumos* del autor de las *Bases,* muestran sus desavenencias radicales y una ya vieja y cultivada inquina.

En suma, son mayores los rechazos que las adhesiones de algunos emigrados. Los rechazos por parte de los porteños y del exilio unitario son perfectamente comprensibles. Más allá de su desacuerdo con algunos contenidos interpretativos del libro, obviamente no podían simpatizar con un provinciano que no valoraba en un bloque positivo el lustre de la ciudad portuaria. Y de alguien que en el mismo *Facundo* había escrito que los unitarios eran "las momias de la República Argentina".

Curiosa y paradójicamente el que lo valoró positivamente fue el propio Rosas, quien según un relato de Adolfo Saldías habría dicho: "El libro del loco Sarmiento es de lo mejor que se ha escrito contra mí: así es como se ataca, señor; así es como se ataca; ya verá usted que nadie me defiende tan bien".

Y sin embargo, un primer y decisivo giro de la fortuna del *Facundo* se produce a partir de una consagración que no proviene del campo nacional sino del faro de la cultura francesa. En ella obtiene una extensa crítica consagratoria de Charles de Mazade publicada en la prestigiosa *Revue des Deux Mondes* el 15 de septiembre de 1846. "Es no sólo una de esas raras muestras que nos llegan de la vida intelectual de la América del Sur –se dice allí–, sino un documento de grande importancia". He aquí una muestra elocuente de un viaje laudatorio que resultará recurrente en nuestra cultura: de estas tierras a París, y de París el regreso con los laureles de la consagración.

De allí en más la suerte del *Facundo* no haría sino crecer. Ya Nicolás Avellaneda pronunciará un juicio altamente significativo al decir más o menos así: "Hasta el *Facundo* combatíamos y no sabíamos por qué combatíamos. Con el *Facundo* tuvimos claro el sentido de nuestra lucha". Es el mayor de los elogios que se le pueden formular a un texto de esa índole: el de dador de sentidos.

Sea como fuere, lo cierto es que en lo sucesivo la figura de Sarmiento quedará absolutamente ligada a su texto célebre y a su biografiado. ¿Sería por ello que ante la tumba de Quiroga en la Recoleta el viejo Sarmiento llegaría a decir lo que sigue?: *"Mi sangre corre ahora confundida con la de Facundo, y no se han repelido sus corpúsculos rojos, porque eran afines [...] Quiroga* –concluye en ese noviembre de 1885– *ha pasado a la historia, y reviste las formas esculturales de los héroes primitivos, de Áyax y Aquiles".*

BIBLIOGRAFÍA

Ediciones críticas del *Facundo*:

Ediciones Culturales Argentinas, Buenos Aires, 1961, prólogo y notas del profesor Alberto Palcos.

Biblioteca Ayacucho, Caracas, 1977, prólogo de Noé Jitrik, notas y cronología por Nora Dottori y Susana Zanetti.

Estudios sobre Sarmiento y el *Facundo*:

Altamirano, Carlos, "Introducción" a Domingo Faustino Sarmiento, *Facundo o civilización y barbarie*, Colección Austral, Espasa Calpe, 1994.

Barrenechea, Ana María, *Textos hispanoamericanos. De Sarmiento a Sarduy*, Caracas, Monte Ávila, 1978.

Botana, Natalio R., *Domingo Faustino Sarmiento. Una aventura republicana*, Fondo de Cultura Económica, 1996.

Bunkley, A. Williams, *Vida de Sarmiento*, Eudeba, 1966.

Campobassi, José S., *Sarmiento y su época*, Losada, 1975.

Garrels, Elizabeth, "El *Facundo* como folletín", en *Revista Iberoamericana*, Nº 143, abril-mayo 1988.

Guerrero, Luis Juan, *Tres temas de filosofía en las entrañas del* Facundo, Docencia, 1981.

Halperin Donghi, Tulio, Prólogo a *Campaña en el Ejército Grande*, Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes, 1997.

Jitrik, Noé, *Muerte y resurrección de Facundo*, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1968.

Martínez Estrada, Ezequiel, *Los invariantes históricos del* Facundo, Casa Pardo, 1974.

Myers, Jorge, "La revolución de las ideas: la generación romántica de 1837 en la cultura y en la política argentinas", en *Nueva Historia Argentina*, t. III, *Revolución, República, Confederación (1806-1852)*, Buenos Aires, Sudamericana, 1998.

Orgaz, Raúl, *Sarmiento y el naturalismo histórico*, Imprenta Argentina, Córdoba, 1940.

Palcos, Alberto, *El Facundo. Rasgos de Sarmiento*, 2a. ed. corregida y aumentada, Editorial Elevación, Buenos Aires, 1941.

Palti, Elías, *El momento romántico. Nación, historia y lenguajes políticos en la Argentina del siglo XX*, Eudeba, Buenos Aires, 2007.

Proyecto Sarmiento en Internet.

EL AUTOR

Es profesor de filosofía por la Universidad de Buenos Aires y master en Estudios Latinoamericanos por la Universidad Nacional Autónoma de México. Actualmente es profesor en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, investigador principal del CONICET e integrante del Grupo Prismas de Historia Intelectual.

Ha dictado cursos en universidades argentinas y de México, Estados Unidos, España, Francia, Italia, Alemania e Israel, y participado en numerosos congresos nacionales e internacionales sobre temas de su especialidad.

Entre sus libros pueden citarse: *En busca de la ideología argentina; Nuestros años sesentas; Juan Bautista Alberdi: el redactor de la Ley; Vida cultural en el Buenos Aires fin-de-siglo (1890-1910); Ideas en el siglo* y *De utopías, catástrofes y esperanzas.*